

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Los fanáticos

Está claro que el fanatismo no es conveniente en ninguna actividad o creencia, pues sin duda no sólo exagera la realidad sino que la deforma a los ojos del fanático. Y esto, perder de vista la realidad, siempre es muy inconveniente e incluso peligroso.

Bien entendido esto ¿qué podemos esperar de quienes «fabrican» las bases de su fanatismo? Por supuesto, nada bueno. Dejando aparte que estamos en un mundo de espías, los actos de los fanáticos son sencillamente horrendos. Quiero decir con esto que son actos que los verdaderos espías nunca cometeríamos, porque una cosa es espiar (y si me apuráis, incluso matar) y otra cosa es ser absolutamente malvado. ¿Esta maldad puede tener disculpa en el odio, puede justificarse aduciendo que el odio nos ha hecho perder el control y ha creado en nosotros sentimientos y emociones perversos? Yo creo que la maldad nunca tiene disculpa pero también creo que infinitamente peor que la maldad es generar odio, y todavía peor cuando este odio es prefabricado y utilizado para fines siniestros.



Lou Carrigan

Los fanáticos

Brigitte en acción - 324

ePub r1.1

Titivillus 19.09.2017

Lou Carrigan, 1982
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Preludio

Saúl Furgler llegó a media tarde a Palermo, en la isla de Sicilia, procedente de Nápoles, en uno de los vapores que cubrían esta línea de navegación. Todo su equipaje consistía en una maleta mediana, de buena calidad, dentro de la cual llevaba, además de muy pocas cosas, el pequeño maletín de aseo.

Poco equipaje, ciertamente, pero por regla general los espías no suelen viajar cargados con demasiados efectos personales, y Saúl no era una excepción. Saúl Furgler pertenecía al Sherout Ha Bitachou, más popularmente conocido como Shin Beth, es decir, los servicios de inteligencia israelitas. Era un hombre alto, de buena planta, rostro atractivo e inteligente, algo rubio, ojos claros, y, en esto también era muy característico Saúl Furgler, tenía una notable nariz, de esas que se dice delatan la raza judía.

Fue de los primeros en abandonar el vapor, pero, en cuanto puso los pies en el muelle, quedó claro que no tenía ninguna prisa. Se detuvo, dejó la maleta en el suelo, encendió un cigarrillo, y miró a su alrededor con curiosidad propia de turista… Enseguida vio al hombre que, a unos veinte pasos de distancia, estaba también parado de pie, y le miraba fijamente. Este hombre era más rubio que Saúl, quizás un poco más bajo, pero de complexión más atlética, más ancho de hombros. Al igual que Saúl, debía de tener entre treinta y treinta y cinco años. Sus facciones no tenían nada especialmente notable, salvo una pequeña cicatriz de unos tres centímetros de longitud, junto a la sien derecha. Discretamente atractivo, discretamente vestido.

La mirada de los dos hombres se mantuvo durante tres o cuatro segundos. Luego, Saúl recogió su maleta, y caminó hacia el otro hombre, aunque no directamente. Parecía que iba a pasar de largo por su lado cuando el otro preguntó:

—¿Ha tenido buen viaje, Furgler?

Saúl lo miró, asintió con la cabeza, y continuó caminando. El otro se puso a su lado, y señaló en dirección a la Piazza Giachery.

—Sigamos caminando. Tengo una lancha más allá. Podremos hablar tranquilamente en ella.

—¿Nos conocemos? —preguntó Saúl.

—Yo a usted, sí. Y es más que posible que usted también me conozca a mí. Soy James Dreiser, de la CIA.

El israelita no se inmutó en absoluto. Sólo preguntó:

—¿Fue usted quien arregló el contacto conmigo en Tel Aviv?

—Así es. Y me alegra que haya aceptado usted venir. Espero que mi persona de confianza le hiciera entender bien a usted que debía venir solo y discretamente.

—Lo entendí bien. He venido solo, y no espero haber llamado la atención más que cualquier otra persona… Ha sido un viaje difícil de organizar, en estas condiciones.

—Pero valdrá la pena.

—Bien.

Continuaron caminando, siempre paralelamente al borde del muelle, dejando atrás la estación marítima y acercándose a Piazza Giachery. Pero no llegaron a ésta, porque antes el americano James Dreiser señaló hacia la derecha de ambos.

—Ahí la tiene. La que se llama *Pompeia*.

Saúl Furgler desvió la marcha hacia el borde del muelle. Era, evidentemente, un hombre sobrio, serio, y no poco tranquilo y seguro de sí mismo. En cambio, el americano parecía un tanto tenso. Fue el primero en abordar la lancha, miró hacerlo a Saúl, y luego ambos entraron en la cabina destinada a vivienda. No era ninguna gran cosa: un diminuto saloncito que servía a la vez de comedor y cocina, un todavía más diminuto servicio higiénico a la derecha, una ducha a la izquierda, y, entre ambos, una puerta que, sin duda, cerraba la parte destinada a dormitorio.

James Dreiser señaló el pequeño diván, y Furgler se sentó. El americano acercó una butaquita, y se sentó dando frente al israelita.

Afuera lucía un sol que iba tomando una tonalidad rojiza.

Saúl Furgler encendió un cigarrillo, parsimonioso, y luego miró al americano, que estaba cada vez más tenso, y hasta un poco pálido. Pese a que el entendimiento no era malo entre la CIA y el Shin Beth, Saúl comenzó a sentir una leve inquietud.

—¿Le ocurre algo? —murmuró, mirando fijamente a Dreiser. James Dreiser se pasó la lengua por los labios.

Sí, estaba tenso, pálido. De pronto, sacó de detrás del asiento de la butaquita que había ocupado, una pistola con silenciador, con la que apuntó al pecho al agente israelita. Éste se quedó con la boca abierta, el humo del cigarrillo a medio tragar, los ojos un tanto dilatados por la sorpresa y el sobresalto.

—¿Me ha engañado? —murmuró—. ¿No es usted americano?

—No le he engañado: soy James Dreiser, americano, de la CIA.

—¿Entonces…?

—Furgler, créame, odio tener que hacer esto… ¡pero tengo que hacerlo!

En los claros ojos de Saúl apareció la chispa vital que indicaba sin lugar a dudas la inminente acción. No pensaba dejarse matar sin resistirse, desde luego.

James Dreiser vio esa chispa que tan bien conocía, y entonces comenzó a apretar el gatillo de la pistola.

Plop, plop, plop.

Una tras otra, las tres balas se clavaron en el corazón de Saúl Furgler, agente del servicio de inteligencia israelita.

Capítulo Primero

Los dos hombres identificaron inmediatamente a la pasajera que estaban esperando. No la conocían personalmente, pero supieron que era ella en cuanto la vieron. No sólo porque acababa de llegar al aeropuerto Leonardo da Vinci procedente de París, sino porque, sencillamente, no podía ser ninguna otra.

Para los pasajeros del vuelo Paris-Roma aquella pasajera era la señorita Brigitte Montfort, la famosa periodista americana de proyección internacional, ganadora del Premio Pulitzer de periodismo. Alta, elegante, de cuerpo espléndido, de rostro bellísimo en el que destacaban el par de ojos azules más sensacionales del mundo, la señorita Montfort había sido una compañera de viaje de lo más agradable, culta, amena y divertida. Era una criatura preciosa y angelical.

Para los dos hombres, aquella misma mujer, que viajaba sólo con una maleta y un gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas, era alguien muy, muy, muy especial: la agente «Baby» de la CIA, la espía más peligrosa del mundo.

¿O no lo era?

Pese a que no tenían ninguna duda al respecto, ambos acudieron al encuentro de la encantadora viajera, y el más alto preguntó:

—¿Ha tenido buen viaje desde tan lejos?

—Me las voy arreglando para pasarlo bien —asintió la viajera de los ojos azules.

—Sin embargo, ya sabe que aquí la estamos esperando con una mala noticia.

—La mala noticia ya la recibí lejos de aquí. ¿Está preparada la avioneta?

—Por supuesto. ¿Me permite la maleta?

Brigitte Montfort entregó su maleta, pero no el maletín, que por otra parte ninguno de los dos hombres hizo intención de coger.

Caminaron hacia la salida del vestíbulo, y poco después salían al frío exterior.

Lucía el sol, pero el aire era frío. Pleno invierno. Brigitte se subió el cuello del ligero abrigo de paño, y caminó entre los dos hombres, en silencio, indiferente e incluso ajena a las miradas que le dirigían los hombres con los que se cruzaban.

Tardaron casi cinco minutos en llegar a la zona donde esperaba una avioneta particular, pintada de discreto tono castaño. Subieron por la escalerilla que había colocado un hombre, y, mientras éste la recogía de nuevo, Brigitte y los dos hombres fueron a ocupar asientos hacia el centro de la avioneta. Uno de los hombres movió los respaldos, de modo que, una vez sentados, Brigitte quedó frente a los dos hombres. El que había recogido la escalerilla, cerró la puerta, miró a Brigitte, y sonrió levemente; sonrisa que fue cariñosamente correspondida.

El hombre se colocó a los mandos de la avioneta, y poco después ésta despegaba, emprendiendo inmediatamente rumbo sur.

Brigitte aceptó el cigarrillo que le ofrecían, y, ya fumando los tres, miró con gesto interrogante a uno y otro hombre.

—¿Y bien, Simones?

—Desdichadamente, la noticia es cierta en todos los aspectos: James Dreiser, compañero nuestro que había desaparecido seis semanas antes, fue hallado muerto anteayer, en el muelle de Palermo, en el interior de una lancha de nombre *Pompeia*.

—¿Y el israelita?

—Evidentemente, fue nuestro compañero Dreiser quien mató al israelita.

—¿Evidentemente? ¿Eso quiere decir que es *absolutamente seguro*?

—Sí. ¿Le enseñaron en la Central las fotografías de James Dreiser y Saúl Furgler?

—En la Central, no, pero me las enseñaron. En mi apartamento. ¿Tienen ustedes fotografías de ellos, de todos modos?

—Sólo muertos.

Brigitte asintió, y tendió la mano libre. Simón sacó un sobre, extrajo algunas fotografías, y las puso en la fina y delicada palma de aquella manita de apariencia inofensiva…, pero que podía hundir el cráneo de un hombre con un solo golpe.

Las fotografías mostraban diversas tomas de la misma escena. En la más amplia, se veía la salita de una lancha; en el diván, un hombre joven, rubio oscuro, de nariz notable, estaba sentado, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta; en su pecho se veían los impactos de tres balazos. Frente a sus pies, caído de bruces, había otro hombre, de cabellos más rubios; su mano derecha se veía apoyada en el suelo cerca de su cabeza, sosteniendo una pistola provista de silenciador. En la nuca del hombre, destacaban los sangrientos boquetes efectuados por las balas. Al ir viendo más fotografías, Brigitte fue obteniendo conclusiones: al parecer, el hombre que yacía en el suelo había disparado contra el que estaba muerto en el diván; luego, alguien había entrado en la lancha por detrás del hombre que había disparado, y lo había matado de dos o tres balazos en la nuca. Esto era difícil de precisar, dado el estado de destrozo de la nuca del americano James Dreiser.

Había fotografías en primer plano de los rostros de Saúl Furgler y de James Dreiser; el aspecto de éste era peor que el del israelita, pues las balas le habían salido por la frente y por un ojo… Habían utilizado una pistola potente, sin duda alguna. Por cierto que el rostro de Dreiser estaba desfigurado en parte, pero no lo suficiente para que la espía internacional tuviera la menor duda al respecto. Pese a esto, preguntó, con voz neutra:

—¿Seguro que es Dreiser? ¿Le tomaron las huellas digitales?

—Sí. Es él, desde luego.

—¿Saúl Furgler ha sido plenamente identificado por los israelitas?

—Desde luego.

Brigitte continuó mirando fotografías, que ampliaban secciones del lugar de la doble muerte. Los dos agentes de la CIA permanecían en silencio. Sabían que en aquellos momentos la agente Baby estaba «fotografiando» las fotografías que estaba mirando. No las olvidaría. Finalmente, ella las devolvió, y miró hacia el exterior. Estaban volando sobre el mar Tirreno, a buena velocidad, de modo que los quinientos kilómetros hasta Sicilia serían rápidamente cubiertos.

—¿Qué dicen los del Shin Beth? —preguntó de pronto.

—Los del Shin Beth quieren una explicación —gruñó Simón—… Una explicación buena y rápida. Prescindiendo de lo que ocurriese

después, está claro que Dreiser mató a Saúl Furgler.

—¿Qué hacía Furgler en Palermo?

—Furgler no tenía que estar en Palermo.

Brigitte Baby Montfort alzó las cejas.

—¿Dónde tenía que estar, entonces?

—En Tel Aviv.

—¿Quiere eso decir que Saúl Furgler voló a Sicilia por su cuenta, que sus jefes o compañeros no sabían nada de ese viaje?

—En efecto. Parece que se las arregló para hacer ese viaje por su cuenta, sin dar explicaciones a nadie.

—¿Y qué dicen a eso los israelitas?

—No pueden decir nada. No saben nada de nada. Brigitte frunció el ceño.

—En cuanto a nuestro Simón, a James Dreiser, había desaparecido hacía seis semanas, ¿no es así?

—Sí.

—Veamos… ¿Qué quieren decir exactamente con eso de que había *desaparecido*?

—James Dreiser prestaba sus servidos en Atenas. Llevaba allí algo más de dos años. Cumplía bien, era inteligente y valiente, nunca tuvo problemas de ninguna clase… De pronto, hace seis semanas, desapareció. Eso es todo.

—¿Desapareció en Atenas cuando estaba inactivo, en actividades de rutina, o desapareció cuando tenía encomendado algún trabajo más o menos especial?

—No estaba haciendo nada especial; hacía su labor de rutina.

—¿Por qué no se me informó entonces de esa desaparición?

—Nosotros no sabemos eso, Baby.

—Ya. Pero sí saben que hace siete semanas otro de nuestros compañeros, llamado Scott Aiken, desapareció de Roma. ¿O no sabían eso ustedes?

—Claro que lo sabíamos —refunfuñó el otro espía—, y como es natural, enviamos ese informe a la Central. Pero nosotros no tenemos la culpa de que la Central no informase a usted de la desaparición de Scott Aiken primero y de James Dreiser después.

—Desde luego que no tienen la culpa —Brigitte sonrió—… No he pretendido ser brusca o desagradable. Pero me sorprende que no se me avisara de esas dos desapariciones.

—Nosotros pensamos que si no lo hicieron fue porque en la Central debieron de pensar que tanto Aiken como Dreiser fueron capturados por… los rusos, por ejemplo, y que era inútil buscarlos. Es de suponer que la decisión que se tomó en la Central, antes de movilizarla a usted, fue poner en marcha el mecanismo de búsqueda por Europa, para intentar localizar primero a Aiken y luego a Dreiser. ¿Cómo habían de movilizarla a usted si no tenían ni idea de dónde podían estar los dos compañeros?

—Otras veces lo han hecho…, y no me han salido tan mal las cosas, me parece a mí. Está bien, vamos a dejar eso, atengámonos a los hechos, a las realidades. Y la realidad es que James Dreiser, uno de nuestros compañeros de la CIA, destinado en Atenas, desaparece de pronto, y seis semanas más tarde aparece, asesina a un agente israelita, y, a su vez, es asesinado. ¿Había alguna relación entre ellos? Quiero decir, naturalmente, antes de que fuesen hallados muertos.

—Que nosotros sepamos, no; pero estamos investigando en ese sentido. En cuanto a los israelitas, es de suponer que también estarán buscando en el historial de Saúl Furgler algo que pueda relacionarlo con James Dreiser.

—Saúl Furgler… Tengo entendido que era un buen agente, un hombre inteligente y activo. Y de pronto, se viene a Sicilia, sólo para ser asesinado. Me gustaría saber cómo llegaron a relacionarse Furgler y Dreiser. Y otra cosa: ¿seguro que no fueron los israelitas quienes mataron a Dreiser?

—En nuestra profesión no hay nada seguro —gruñó Simón—. Ya se nos ocurrió, claro está: quizá los israelitas sabían que Furgler había salido de Tel Aviv, lo tuvieron detectado en todo momento, y al ser muerto Furgler por Dreiser, ellos, llevados por la ira, mataron a su vez a Dreiser… Podría ser, desde luego.

—Pero ustedes no creen que eso ocurriese así.

—No.

—Está bien. ¿Quién y cómo encontró los dos cadáveres?

—La Policía italiana.

—¿La Policía?

—Los dos cadáveres estaban en la lancha llamada *Pompeia*…, que resultó haber sido robada aquel mismo día por la mañana en Nápoles. La Policía de Sicilia encontró la lancha, y naturalmente, se

interesaron por ella. Encontraron los dos cadáveres. Bueno, no vale la pena alargarlo: nos enteramos de la reaparición de James Dreiser, e inmediatamente nos interesamos en el asunto… Los israelitas ya estaban metiendo sus narices por allí. Entre ellos y nosotros conseguimos que el asunto fuese transferido al SID[1] italiano, y éste ha accedido a poner en nuestras manos las investigaciones.

—De modo que todo queda entre espías…

—Sí. Todo muy discreto, por ahora.

Brigitte asintió con un gesto, y luego permaneció pensativa un par de minutos antes de preguntar:

—¿Cómo llegó James Dreiser a Palermo?

—Seguro no lo sabemos, pero nos inclinamos a admitir que llegó en la lancha *Pompeia*.

—¿Y Saúl Furgler?

—Se encontró en uno de sus bolsillos un pasaje de uno de los vapores Nápoles-Palermo. Pero sabemos, por medio de sus compañeros, que Furgler llegó directamente a Roma desde Tel Aviv.

—A ver si lo entiendo… Furgler sale de Tel Aviv, llega a Roma, y después toma un vapor que le lleva desde Nápoles a Palermo. ¿Se sabe cómo llegó de Roma a Nápoles?

—No.

—Bueno, supongo que pudo hacerlo de muchas maneras: desde autoestop a utilizar el tren, o un autocar… El hecho cierto es que llega a Nápoles, y de allí pasa a Palermo. En Nápoles, según parece, James Dreiser roba la lancha *Pompeia*, que aparece en Palermo. ¿Qué les sugiere esto?

—Nosotros pensamos que Dreiser vio a Furgler tomar el vapor en Nápoles hacia Palermo. Entonces, sin duda forzado por las circunstancias, robó la lancha *Pompeia*, y es posible que llegase a Palermo antes que Furgler. Lo esperó, hizo contacto con él, lo llevó a la *Pompeia*, y allí lo mató.

—Podía haberlo matado en Nápoles, puesto que lo vio allí.

—Pero quizás antes quería conversar con Furgler, y en Nápoles no tuvo ocasión.

—Claro. Mmm… ¿Se ha encontrado alguna relación entre la desaparición de Scott Aiken hace siete semanas y la de Dreiser hace seis semanas?

—No, ninguna. Al menos, por ahora. Pero tanto nosotros como

los israelitas estamos en eso.

—¿Los israelitas están buscando alguna relación entre dos de nuestros hombres?

—Tienen medios para eso y más —gruñó Simón—... Malas lenguas aseguran que el Shin Beth es actualmente el mejor servicio secreto del mundo. Además, ellos pueden partir también de Saúl Furgler, por si éste hubiese tenido, al menos, relación con James Dreiser antes del encuentro en Palermo.

—Ya. Bueno, esperemos que los israelitas sean comunicativos.

—Están muy enfadados. Quieren que atendamos inmediatamente sus *kvetch*.

—¿Sus qué?

—Sus quejas.

—Ah. ¿Sabe usted hebreo?

—Un poco. Pero no es necesario. Todos los israelitas que hay por aquí hablan el inglés tan bien como nosotros.

—Esperemos que eso sirva para entendernos.

—Tenemos la esperanza de que la intervención de usted suavice la situación. Pero tenga cuidado con Dan Enstam.

—¿Quién es?

—El jefe de los israelitas para este asunto.

—Lo trataré con delicadeza.

—Lo que a nosotros nos preocupa —intervino el otro agente de la CIA— es cómo la trate él a usted.

Brigitte miró a uno y otro con expresión divertida.

—Esperemos que no se me coma —casi rió, y señaló hacia delante—... Me parece que Simón-Piloto tiene que decir algo a uno de ustedes.

Uno de los Simones se acercó a los mandos. El hombre que pilotaba la avioneta había estado hablando por la radio. Pasó el mensaje a su compañero, y éste regresó a su asiento.

Nada más ver su expresión, Brigitte comprendió que había algo interesante.

—Ahora que ha reaparecido Dreiser para matar a Furgler —dijo Simón—, han encontrado algo que los une. La noticia ha llegado detrás de usted desde la Central: tanto Scott Aiken como James Dreiser, estuvieron en Jerusalén, hace tres años y pico.

—¿Qué fueron a hacer allí?

—Bueno, colaboraron con los servicios secretos israelitas en varios asuntos, cada uno por su lado…

—¿Quiere decir que no estuvieron juntos?

—No, no.

—¿Pero aunque fuese por separado…, ambos conocieron en Jerusalén a Saúl Furgler?

—Esto es lo extraño del caso: no, ninguno de ellos llegó a relacionarse con Saúl Furgler. Sin embargo, y aunque cada uno por su lado, los dos estuvieron en Jerusalén… Eso es lo único que se ha encontrado que pueda relacionarnos, unirlos a un común denominador…

—¿Y cómo podemos estar seguros de que ninguno de ellos, e incluso los dos, no tuvieron alguna clase de relación con Saúl Furgler?

—A nosotros no nos consta eso. Pero quizá nuestro colega Dan Enstam pueda decirnos algo interesante al respecto.

—Se lo preguntaremos. Bien, supongo que tanto nuestros compañeros como los israelitas están haciendo investigaciones en Palermo, que no deben de estar ociosos.

—Lo están investigando todo… ¿Qué va a hacer?

Brigitte, que había abierto su maletín y sacado de éste una peluca rubia, sonrió.

—Una pequeña metamorfosis. Esperemos que a Dan Enstam le gusten las espías rubias de ojos verdes…

Capítulo II

A primera vista, Dan Enstam no sólo parecía inofensivo, sino que resultaba incluso simpático. De mediana estatura, gordito y sonrosado, y con un elegante atuendo de *yachtman*, se podía pensar de él que era el más amable y divertido anfitrión del mundo. Tenía poco cabello, y muy rubio, de modo que su cabeza parecía un queso holandés. Llevaba lentes de gruesos cristales, y tras éstos, sus miopes ojos parecían contemplarlo todo con amabilidad exquisita.

Fachada. Pero tras esta fachada, Brigitte Montfort captó lo penetrante de la mirada del israelita, la dureza metálica de sus ojos azules. Eran ya muchos años de espionaje, de jugarse la vida, para no haber aprendido a valorar a las personas con las que se relacionaba.

Dan Enstam estaba instalado en un bonito yate blanco, cuyo nombre era *Ciclope*, y Brigitte había sido llevada allá, al puerto de Palermo, desde el aeródromo de esta ciudad. Tanto en el muelle como en el yate había visto agentes israelitas, pero nadie se había preocupado por el hecho de que una muchacha rubia y dos hombres abordaran el *Ciclope*.

Ahora, tras las presentaciones que Simón había hecho, el espía israelita tendía cordialmente su mano a la espía americana.

—Tenía verdaderos deseos de conocer a la agente Baby —aseguró—… ¿Éste es su verdadero aspecto físico?

—No —sonrió Brigitte, que ahora era rubia y tenía los ojos verdes.

—Lástima. Pero comprendo sus precauciones…, sobre todo en una situación como ésta. ¿Llega usted con alguna noticia que pueda resultarnos de interés?

Había señalado un confortable sillón del salón del yate, y una vez sentada Brigitte, lo hizo él, en una butaca. De pie en el salón, silenciosos, Simón I y Simón II, así como dos agentes israelitas,

completaban el cuadro de personajes de la escena.

—Solamente una, que me alcanzó por radio cuando estábamos sobre el Mediterráneo: hace algo más de tres años mi compañero James Dreiser estuvo en Jerusalén, colaborando con al Shin Beth.

—¿Colaborando con nosotros? —sonrió Enstam—. Vaya…, quizá proviene de entonces su enemistad con Saúl Furgler.

—Es posible —admitió Brigitte.

—Por lo que entiendo, no pretende usted enzarzarse en una discusión pretendiendo negar que Dreiser mató a Furgler.

—Parece que eso es evidente.

—Eso es muy razonable y consecuente por su parte. Bueno, yo he llegado a la conclusión de que todo esto debe de tener una buena explicación…, y nos gustaría disponer de ella cuanto antes.

—Lo comprendo. Pero acabo de llegar a Palermo, Enstam. ¿Me concederá aunque sólo sean unos minutos para iniciar mi trabajo?

—Fina ironía —sonrió Enstam—… Pero me temo que va a necesitar usted más de unos cuantos minutos para encontrar esa explicación. ¿Le parece bien veinticuatro horas?

—Señor Enstam, si usted sigue por ese camino voy a salir de este yate ahora mismo. A mí no me pone un ultimátum ni la mismísima CIA, de modo que comprenderá que no voy a tolerárselo a usted.

—Ya. No debo olvidar que estoy tratando con la agente Baby, ¿no es eso?

—Exactamente. Por mi parte, estoy dispuesta a colaborar, pero también sé trabajar sin la ayuda de ustedes.

—Nosotros tampoco la necesitamos a usted.

Brigitte se puso en pie, tranquilamente.

—La conversación ha terminado —dijo—. Ha sido un placer conocerle, señor Enstam… Claro que esto no es más que una frase de buena educación. Buenos días.

Enstam, que se había puesto velozmente en pie, sonrió.

—¿Es usted de raza judía, señorita Baby? —preguntó.

—No.

—Pues a juzgar por su orgullo, se diría que lo es. Vamos, vamos, sea tan amable de sentarse. El hecho de que ninguno de nosotros necesite al otro no significa que no tengamos que colaborar. Por mi parte, soy sincero… Por ejemplo, cuando usted me ha dicho que James Dreiser había estado hace unos años en Jerusalén, yo ya lo

sabía. Y sé también que allá Dreiser no tuvo nunca oportunidad de relacionarse con Furgler. No coinciden las fechas. Siéntese…, por favor.

Brigitte se sentó. Dan Enstam le ofreció un cigarrillo, e invitó, amablemente:

—¿Aceptaría almorzar conmigo?

—No tengo inconveniente. Pero, señor Enstam, tan sólo una provocación más, y nuestro acuerdo habrá terminado.

—De acuerdo. Volvamos a su compañero Dreiser… ¿Qué estaba haciendo él en Palermo? Lo pregunto porque quizás eso pueda proporcionarnos alguna pista.

—James Dreiser estaba destinado en Atenas cuando, de pronto, desapareció. La próxima noticia que tuvo la CIA de él fue su reaparición aquí, en Palermo, como autor del asesinato de Saúl Furgler.

—¿Dreiser había desaparecido? —Parpadeó lentamente Enstam.

—Así es. Hacía de eso seis semanas. Pero también desapareció otro de los nuestros, hace siete semanas, en Roma. Por si usted puede decirnos algo al respecto, su nombre es Scott Aiken.

Los ojos de Dan Enstam casi se cerraron.

—Curioso —murmuró—… ¿De modo que en siete semanas les han desaparecido dos de sus agentes?

—Sí. ¿Por qué le parece curioso?

—A nosotros nos han desaparecido tres.

—¿Qué? —Se irguió vivamente Brigitte.

Dan Enstam se puso en pie, y desapareció en silencio por el pasillo de la zona destinada a camarotes. Reapareció un par de minutos más tarde, y tendió unas cuantas fotografías a Brigitte, sentándose de nuevo. Las fotografías correspondían a tres hombres, cada uno de los cuales se veía en diferentes planos. Brigitte prestó especial atención a los primeros planos, examinando los rostros de los tres agentes israelitas. Uno de ellos debía de tener unos cincuenta años, y los otros dos menos de cuarenta y más de treinta y cinco. Al pie de cada fotografía constaba el nombre del agente. El de cincuenta años se llamaba Mose Langher; los otros, David Blumberg y Rubén Goepper.

Brigitte miró a Enstam.

—¿Cuánto hace que desaparecieron? —murmuró.

—El primero fue Blumberg, hace de eso siete semanas aproximadamente. A la semana siguiente, desaparecieron casi simultáneamente Goepper y Langher.

La divina espía entornó los párpados.

—¿Alguno de ellos había operado de modo especial en Jerusalén hace algo más de tres años? —preguntó.

—Inteligente pregunta. Los tres operaron hace algo más de tres años en Jerusalén.

—¿En el mismo asunto?

—No, no… Cada uno tenía su trabajo…, aunque es posible que coincidieran en algún momento, claro está, pero no en labores de equipo, sino en labores coincidentes, como le digo… ¿Cree usted que las desapariciones de mis compañeros y las de los suyos pueden estar relacionadas?

—No sé… Pero a todos nos sorprende un poco que los cinco desaparecidos hubiesen estado operando hace algo más de tres años en Jerusalén, ¿no es cierto?

—A nosotros nos preocupa eso.

Brigitte asintió, devolvió las fotografías, y estuvo pensativa unos segundos.

—¿Han averiguado algo de lo sucedido aquí? —preguntó.

—Tenemos una posible versión de los hechos —asintió Dan Enstam—, pero imagino que no diferirá gran cosa de la que le habrán expuesto a usted sus compañeros.

—Todavía no he hablado con mis compañeros que están trabajando en Palermo: he venido aquí directamente desde el aeródromo.

—Eso ha sido muy amable por su parte. Respecto a nuestras averiguaciones, no dejan de ser interesantes… Mis hombres se han movido mucho y bien por toda la zona del muelle, habida cuenta de que pensábamos que Saúl Furgler no tuvo tiempo de más: llegó, fue recibido por Dreiser, llevado a la lancha *Pompeia*, y asesinado.

—Quizás ocurrió de otro modo.

—No. Y eso es precisamente lo que iba a decirle: hemos averiguado que Saúl fue recibido en el muelle por Dreiser… Eso, por un lado. Por otro, hemos sabido que dos hombres salieron de la lancha *Pompeia* a una hora que nosotros hemos situado posterior a la de la llegada del vapor en la que arribó Saúl a Palermo. Nuestra

conclusión es que Dreiser mató a Saúl. Luego, esos dos hombres entraron en la lancha, y mataron a Dreiser. Cuando salieron de la lancha llevaban una maleta. No creemos que fuese de Dreiser, puesto que si la *Pompeia* era robada, no debía de haber en ésta nada interesante para los personajes de este asunto, ni mucho menos, debía de haber maleta alguna de Dreiser, que debió de verse forzado a robar la lancha en Nápoles… Así pues, hemos pensado que la maleta era de Saúl Furgler…, lo que continúa confirmando que Saúl fue directo desde el muelle de arribada del vapor a la lancha *Pompeia*.

—¿Y es seguro que Dreiser le acompañaba?

—Las descripciones que hemos obtenido, con mucho trabajo, de los testigos ocasionales, así lo confirma.

—¿Podemos pensar que Dreiser estaba esperando a Furgler, y que éste aceptó el contacto?

—Así lo parece, al menos —asintió Enstam—. En cuanto a lo de los dos hombres que salieron de la lancha con la maleta, no hay duda: fueron vistos por varias personas.

—Bien… Supongo que si encontrásemos a esos dos hombres tendríamos la clave del asunto. ¿Qué posibilidades tenemos? ¿Fueron descritos por los testigos?

—Bastante bien, en líneas generales.

—¿En líneas generales? ¿Qué quiere decir?

—Eran dos árabes.

Brigitte quedó inmóvil, mirando los empequeñecidos ojos del israelita, que parecían haberse convertido en pedacitos de hielo.

—¿Están seguros de eso? —musitó.

—Completamente. Pero aún tenemos más: los dos árabes fueron vistos subiendo a un coche con matrícula de Roma…

—¿Qué matrícula? —exclamó Brigitte.

—Nadie se fijó en eso —sonrió secamente Enstam—, de modo que no tenemos la matrícula. Sólo sabemos que era un coche de la casa Fiat, modelo 132, y de color azul oscuro. Estamos barriendo Palermo en busca de ese coche, pero no aparece.

—Bueno, quizá si nosotros colaboramos…

—Oh, ya lo están haciendo. Como es natural, sus compañeros encontraron las mismas pistas que nosotros, y nos consta que están buscando ese coche, igual que nosotros. Ahora bien, a mí se me ha

ocurrido pensar que quizás ese coche ya vuelve a estar en Roma, en cuyo caso, olvidémonos de él: jamás lo encontraríamos con esos datos.

—Sí, quizás haya sido transbordado ya a Roma —admitió Brigitte—, pero no debemos darnos por vencidos. Creo que debemos seguir buscándolo.

—A falta de pista mejor, eso estamos haciendo todos… ¿No le sorprende todo esto, señorita?

—¿A qué se refiere?

—Fíjese bien… Saúl Furgler era israelita, y por tanto, teóricamente, amigo de Dreiser, su compañero americano. Sin embargo, Dreiser mata a Furgler. Luego, aparecen en escena dos árabes, que, esto es bien sabido, no son amigos de los israelitas precisamente, pero que pueden llegar a entenderse en ocasiones con los americanos; pese a esto, los árabes matan de unos balazos en la nuca al americano que acaba de matar a un israelita, en lugar de felicitarle. ¿No es extraño?

—Usted sabe, señor Enstam, que el espionaje tiene cosas mucho más extrañas que ésa. Además, no debemos olvidar la maleta de Saúl Furgler. Si los árabes se la llevaron era porque esperaban conseguir algo en verdad importante… Quizá la clave de todo esté en la maleta de Saúl Furgler, que era codiciada por Dreiser y por los árabes.

—Puede ser eso —admitió Enstam—… Ahora, dígame qué relación existe entre Furgler, mis otros tres compañeros desaparecidos hace unas cuantas semanas, sus dos compañeros también desaparecidos hace unas cuantas semanas…, y dos árabes que se llevan la maleta de Furgler.

—¿Usted quiere que yo le diga eso? —sonrió Brigitte.

—Me gustaría —sonrió también Enstam.

—Bueno, lo haré con mucho gusto si usted me dice por qué Saúl Furgler salió subrepticiamente de Tel Aviv, por qué vino a Palermo, cómo sabía Dreiser que Furgler iba a venir aquí, y cómo sabían esos dos árabes que Furgler y Dreiser se encontrarían en Palermo.

Los agentes americanos, los agentes israelitas, y el propio Dan Enstam no tuvieron más remedio que casi reír. El rechoncho Enstam movió su redonda cabeza.

—Bueno, no cabe duda de que usted sabe contraatacar, señorita.

¿Le parece que sigamos conversando durante el almuerzo?

—Pues… se lo agradezco, señor Enstam, pero tal como están las cosas me parece que debo cambiar de decisión y declinar su amable invitación. Estoy seguro de que usted preferirá que me reúna con mis compañeros que están trabajando en Palermo, para ver si entre lo que ellos me digan y lo que usted me ha dicho adelantamos un poco más en esta investigación… ¿Le parece bien?

—Pierdo el placer de su compañía…, pero quizá pueda disfrutar de ella más adelante. ¿Estaremos en contacto?

—Por supuesto. ¿Conoce usted la fábula de los galgos y los conejos, señor Enstam?

—¿Se refiere a aquella en que los conejos discutían si los perros que les perseguían eran galgos o podencos, y mientras tanto los perros, fuesen galgos o podencos, llegaron y los cazaron?

—No, no… ¡Ojalá fuese éste nuestro caso! Pero mi fábula es al revés. Había una vez dos galgos que estaban persiguiendo al mismo conejo por el monte, pero era un conejo muy astuto, y sabía esconderse muy bien, así que no estaba siendo fácil su cacería. Y la dificultad aumentó cuando los dos galgos, en lugar de unir sus fuerzas para cazar al conejo, se pusieron a vigilarse uno al otro, por si uno de ellos encontraba la pista del conejo el otro ir con él… Así, sucedió que mientras un galgo vigilaba al otro, se ofuscaron tanto que el conejo pasaba por delante de sus narices sin que ninguno de los dos lo olfatease, pues su olfato estaba impregnado del olor del otro galgo. Y el conejo se dedicó a vivir tranquilamente mientras los dos galgos iban envejeciendo sin encontrar jamás al conejo.

—No conocía esa fábula —rió Enstam.

—Es lógico, puesto que acabo de inventármela ahora mismo… Pero estoy segura de que me ha entendido.

—Desde luego. Usted acaba de advertirme sobre la estupidez que sería, por parte de ambos, que nos dedicásemos a vigilarnos uno al otro en lugar de buscar al conejo por separado y dedicando a eso todo nuestro esfuerzo.

Brigitte se puso en pie.

—Lo bueno de tratar con gente inteligente —sonrió— es que, cuando menos, la conversación siempre resulta entretenida… ¿Entiendo que los dos vamos a jugar limpio, señor Enstam?

—Sí.

—Caballeros: buenos días.

* * *

El centro de operaciones de la CIA para aquel asunto concreto había sido instalado en la planta tercera de un edificio de Via Dante, muy cerca de la Piazza Castelnuovo. Desde la pequeña terraza se podía ver esta plaza, y, más allá, el puerto de Palermo, último punto oscuro antes de la inmensidad del mar azul…

Brigitte se había conformado con echar una mirada hacia el mar, sin salir a la terraza. La temperatura en Sicilia era casi primaveral, pero ella no estaba allí para disfrutar de la benignidad climatológica… ¡Qué cerca estaba de Malta! Con la avioneta, podía estar en La Valetta, en el aeropuerto de Luqa, en menos de dos horas. Dos horas de vuelo, y podía encontrarse de nuevo en brazos de Número Uno, en Villa Tartaruga… Por un momento, mientras había estado contemplando el mar, le había parecido sentir los últimos besos de él, tan recientes, en la cabaña del lago. Y su amor profundo, su éxtasis…

No había tenido mucho tiempo para dedicarse a pensar en esas cosas.

Simón-Palermo, esto es, el agente de la CIA que dirigía los trabajos de búsqueda en la ciudad, y que estaba extendiendo las investigaciones en un radio cada vez más amplio, hacia el interior de la isla, había llegado apenas cinco minutos después que ella y Simón I y Simón II. Rápidamente, la había puesto al corriente de lo averiguado hasta entonces, pero nada se había adelantado, pues los resultados de las investigaciones de la CIA eran los mismos que los de las investigaciones del Shin Beth. Idénticos, prácticamente.

La explicación se llevó a cabo mientras todos almorzaban unos bocadillos acompañados de vino tinto sobre cuya procedencia y autenticidad. Brigitte prefirió no entrar en averiguaciones, limitándose a hacer un par de comentarios que hicieron reír a los tres Simones activos, y al encargado de atender la radio central en Sicilia para aquella operación. El almuerzo transcurrió en un ambiente grato, simpático, de tono familiar…, pero, mientras hablaba, Simón-Palermo tenía la sensación de que cada una de sus palabras era absorbida por una computadora de ojos azules. Ojos

azules, pues Brigitte se había librado de la relativa molestia de las lentillas.

—Más que nada —había dicho— porque después pienso dormir una larga siesta, y prefiero hacerlo sin lentillas. Estoy tan acostumbrada a llevarlas que a veces me duermo con ellas. Y eso no es conveniente para los ojos.

Finalmente, ya tomando café y fumando todos, la divina espía, tras reflexionar durante un par de minutos, sorprendió a sus compañeros, como era habitual en ella:

—Una de dos: o Enstam no es tan listo como todos y hasta él mismo parecen creer…, o nos está mintiendo, es decir, que está jugando sucio.

Los cuatro hombres de la CIA se quedaron mirándola expectantes.

—¿Qué quiere decir? —murmuró por fin Simón-Palermo.

—Yo creo que ha de ser muy fácil encontrar ese coche. Hubo cambios de miradas entre los hombres.

—¿Se refiere al coche en el que subieron los dos árabes que salieron de la lancha *Pompeia* tras matar a Dreiser?

—Me refiero a ese coche de esos dos árabes…, aunque todavía no podemos asegurar que fueron ellos quienes mataron a Dreiser. Pero vamos a dar por sentado que fueron ellos. Eso no importa, de momento. Lo que importa es encontrarlos. Y para ello sólo disponemos de esa magnífica pista que es el coche de color azul oscuro matriculado en Roma.

—¿A usted la parece una pista magnífica? —Se pasmó Simón I —. ¡Pero si seguramente ese coche ya está en Roma, y…!

—No. No está en Roma. Está aquí, en Palermo…, o por lo menos, en Sicilia, en la isla.

—¿Por qué dice eso? ¿Cómo puede saberlo?

—A mi modo de ver es pura lógica; pero si cuando termine de explicarme, ustedes no están de acuerdo, nos dedicaremos a otra cosa. Vamos a ver… Saúl Furgler estuvo en Roma procedente de Tel Aviv. De Roma pasó a Nápoles, evidentemente, puesto que allí tomó un vapor para venir a Palermo. Nuestro compañero James Dreiser lo vio en Nápoles, robó la lancha *Pompeia*, adelantó al vapor, y esperó a Furgler en el puerto de Palermo… ¿Correcto?

—Eso es lo que parece…

—Pero no creo que sea así. Si en Palermo Dreiser y Furgler conversaron… ¿por qué no hacerlo en Nápoles, o en la misma Roma? ¿Qué necesidad tenían los dos de venir a Palermo a conversar? Eso es absurdo, ¿no les parece? Ahora bien, sí tendría sentido que Dreiser supiera que Saúl Furgler iba a llegar a Palermo por mar, aunque no sabía cuándo. Así pues, en cuanto lo supo, robó la lancha *Pompeia* (lo que a mí me tiene más que desconcertada) y se vino aquí a esperar la llegada de Furgler. Pero, evidentemente, Furgler no venía aquí por James Dreiser, sino por otro asunto…

—Eso no es posible. Si Furgler aceptó ir a la lancha con Dreiser tuvo que ser porque estaban de acuerdo, porque se habían citado, o algo así…

—También pudo ser que Dreiser engañara a Furgler. Quizá le dijo que él era la persona que tenía que recibirlo en Palermo, y así pudo llevarlo engañado a la lancha. Yo estoy convencida de que nuestro compañero Dreiser engañó a Saúl Furgler, del cual sólo sabía que iba a llegar por barco a Palermo; si hubiesen estado citados para conversar, ¿por qué venir a Palermo?

¿Por qué no conversar en Roma o en Nápoles? Así pues, Dreiser engañó a Furgler. Éste venía a Palermo para entrevistarse con otra persona… o personas.

—¿Los dos árabes?

—¿Por qué no? —Alzó las cejas Brigitte.

—Bueno, no me imagino a dos árabes entablando amistad con un israelita, francamente.

—¿Y quién habla de amistad? Estamos hablando de espionaje, no de amistad. Y en espionaje, espero que ya sepan ustedes esto, todo es posible. Todo. Así las cosas, yo insisto en que Furgler venía a Palermo a ver a esos dos árabes…, que eran quienes realmente le estaban esperando. Pero, vieron a Dreiser acercarse a Saúl Furgler, engañarlo, llevarlo a la lancha… Cuando entraron en ésta para intervenir, ya era tarde para Furgler: nuestro compañero lo había matado. Por lo tanto, todo lo que podían hacer los dos árabes era matar a Dreiser y marcharse con la maleta de Furgler…, que era lo que realmente les interesaba. Por lo tanto, salieron de la lancha, se metieron en un coche, y se fueron. Hablemos ahora de ese coche… Supongamos que los dos árabes habían quedado citados con Saúl Furgler aquí, en Palermo, de lo cual estoy convencida: ¿iban a

molestarse en transbordar un coche desde Roma a Palermo? ¿Para qué? Si necesitan coches, hay coches en Palermo, en toda la isla. Pueden robarlo, comprarlo, alquilarlo, pedirlo prestado… ¿Acaso ustedes se han traído coches desde Roma a esta isla?

—Claro que no —murmuró Simón-Palermo—. Podemos conseguir todos los que necesitemos.

—¿Y ellos no? Hablemos de dinero… ¿Ustedes creen que es más rentable traer un coche desde Roma que alquilar uno aquí por unos cuantos días? Es absurdo. No. Yo creo que ese coche «vive» aquí, en Sicilia, posiblemente en la misma Palermo. Entonces, tenemos dos alternativas. Una de ellas consiste en que ese coche, precisamente, haya sido alquilado. La otra, que sea propiedad de alguien que vive en la isla, o en la misma Palermo, como digo. ¿A qué conclusión nos lleva esto?

—Pues…

—Bueno…

—Nos lleva a la conclusión —sonrió Brigitte— de que Saúl Furgler fue citado en Palermo por alguien que está en Palermo, que posiblemente vive en Palermo. Y puestas así las cosas, si vive aquí…, ¿por qué hemos de pensar que ha alquilado un coche? Simplemente, está utilizando su coche, así que eliminamos la primera alternativa. ¿Qué nos queda entonces?

—Pues… sigue quedándonos el problema de encontrar ese coche, con lo que no parece que hayamos adelantado gran cosa…

—Vamos, Simón… ¡Pero si tenemos el coche aquí, en la palma de nuestra mano, lo tenemos a nuestro alcance muy fácilmente! Fíjese en esto: Saúl Furgler llega por mar, pero quienes lo esperaban, acuden a recibirlo con un coche… ¿Por qué?

—¿Por qué?

—Porque no tienen lancha. Y eso significa que no viven cerca de la playa, sino hacia el interior. Hablemos de los dos árabes… Para mí, es indiscutible que eran ellos y no Dreiser quienes estaban esperando a Furgler… Dos árabes con un coche… Bien: ¿de quién puede ser ese coche?

—Pues… de ellos, ¿no?

—O de alguien que los ha enviado a ellos —asintió Brigitte—. Pregunta: ¿para qué clase de persona pueden estar trabajando dos árabes que tienen agallas para disparar contra la nuca de un agente

de la CIA?

—Para otro árabe —exclamó Simón II.

—Exacto. Ahora, tenemos más datos… Estamos buscando a un árabe que tiene contratados a otros árabes, que vive hacia el interior, y que es propietario de un coche de color azul oscuro, de la casa Fiat, modelo 132, matriculado en Roma. ¿Cuántos árabes pueden vivir en Palermo, en Sicilia?

—Por todos los demonios… —jadeó Simón-Palermo.

—Y el tal Enstam dándoselas de listo —rió de pronto Simón II—… ¡La madre que lo parió!

—Enstam no es tonto —miró Brigitte a su excitado compañero—…, de modo que mucho cuidado con él. Y digo esto porque cuando un hombre que no es tonto hace tonterías, es por algo.

—¿Qué quiere decir?

—Me pregunto —murmuró la divina espía— qué es lo que trajo Saúl Furgler desde Tel Aviv en esa maleta que se llevaron los dos árabes. Quizás Enstam lo sepa, quizá no…, pero nosotros sí sabemos una cosa: sea lo que sea, es algo que perjudica a los israelitas, y que interesa a los árabes. Por eso, Enstam ha sido enviado aquí con gran cantidad de efectivos. Sea lo que sea lo que Furgler sacó de Israel, los israelitas lo quieren recuperar… a toda costa.

—Pero… eso indicaría que Saúl Furgler había traicionado a Israel —murmuró Simón I.

—Evidentemente, así es —asintió la espía más astuta del mundo—… Lo que yo me pregunto es si, como compensación, Saúl Furgler no ha hecho algo que puede beneficiar a muchas más personas de las que hay en Israel…, aunque eso no les guste a los israelitas.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, el agente encargado de la radio, movió la cabeza, y murmuró:

—Sea lo que sea lo que Furgler haya sacado de Israel, lo seguro es que lo tienen los árabes. Y estamos hablando de árabes, pero… ¿qué árabes? ¿Egipcios, sirios, libaneses, irakíes…?

—Hagamos un trato —deslizó simpáticamente Brigitte Baby Montfort—: ustedes me encuentran ese coche…, y yo me encargo de averiguar el resto. Pero después de una buena siesta, claro.

Capítulo III

Brigitte pudo dormir más que la siesta de aquella tarde, pues no fue hasta la tarde siguiente cuando Simón-Palermo regresó al apartamento. La espía estaba sentada en un sillón, leyendo una revista italiana, y nada más ver la expresión de su compañero de la CIA comprendió que las cosas marchaban bien.

Pero Simón-Palermo ni siquiera le dio tiempo a preguntar.

—Lo tenemos —entró diciendo.

—Parece que ha sido fácil —sonrió la divina.

—¿Fácil? Ni mucho menos. Hemos tenido que movilizar a todo el personal disponible no sólo en la isla, sino del Sector Sur de la Península; ha sido una búsqueda intensa, yo diría que hasta furiosa…, pero lo tenemos.

—¿Qué me dice de los hombres de Enstam? ¿Se han enterado de nuestra buena suerte?

—Imposible saberlo. Yo diría que no, pero es una tontería dárselas de listos con ellos. No olvidemos que están buscando algo que les debe de interesar más que a nosotros.

—Eso nunca se sabe. Bien…, ¿quién es nuestro hombre?

—Es un árabe, en efecto, al parecer de procedencia palestina, pero esto no es seguro. Su nombre es Sayed Ephraim. Vive en una villa al sur de Palermo, cerca de una localidad llamada Altofonte, en las montañas, a unos doce kilómetros de aquí.

—¿Qué más sabemos acerca de él?

—De momento, nada más. Pero podemos…

—Espere. ¿Ha estado usted en esa villa?

—Bueno, la he visto a cierta distancia, si es eso lo que quiere saber.

—Eso es lo que quiero saber. ¿Qué aspecto tiene el lugar?

—Corriente en estos lugares. Hay olivos, algunas vides… La casa es grande, pero desde luego bastante antigua. Está en el centro de lo

que parece una gran posesión de terreno.

—¿Hay verjas, o cercas de alguna clase? ¿Perros? ¿Vigilantes?

—No hay perros, aunque sí hemos visto tres o cuatro hombres. A distancia parecen árabes todos, pero ya sabe que los italianos son también muy morenos… Quizás haya algún italiano. No hay verjas a todo alrededor, pero sí una arcada en la entrada, con una verja del tiempo del Imperio Romano, o poco menos… En conjunto no parece un lugar demasiado peligroso. Sobre todo, si tenemos en cuenta que nosotros podemos reunir cincuenta hombres en unos minutos. Y si sumamos los israelitas, entrar allí será más fácil que robarle el caramelo a un niño.

—Nunca me gustó robarles caramelos a los niños —sonrió Brigitte—. Ni tampoco me han gustado nunca las aglomeraciones. Vaya a esperarme con un coche en la Piazza Castelnuovo, Simón. Usted solo… En la esquina izquierda con Via Maqueda.

—Bien. ¿Vamos a ir allá?

—Eso vamos a hacer.

—¿Sin avisar a Enstam? —sonrió el espía.

—Sin avisarlo…, por el momento.

—Supongo que usted ya habrá pensado que es más que posible que él la esté vigilando. No puede ser tan tonto de menospreciar a la agente Baby.

—No, no puede serlo. Y puesto que no es tonto espero que comprenda que debe seguir el juego de buenas relaciones. No se preocupe por nuestro colega israelita, Simón.

—De acuerdo.

Simón-Palermo abandonó el apartamento, y Brigitte fue al cuarto de baño, donde se colocó la peluca rubia y las lentillas de contacto verdes, así como los bien preparados rellenos para las fosas nasales. El cambio de facciones era leve, pero suficiente. Ya convertida en una espléndida rubia, fue al cuarto donde estaba el agente encargado de la radio que enlazaba con todos los hombres de la CIA destinados a Palermo para aquel asunto concreto.

—Me marcho, Simón. —El agente la miró sonriente—… Cualquier mensaje urgente pásemelo por el canal 2 que establecimos privadamente nosotros.

—*Okay*. ¿Ha habido suerte?

—Sí. Pero no se le ocurra hablar de ello con ninguno de los

nuestros por la radio. Es suficiente que lo sepan los que han encontrado el objetivo.

—Entendido. ¿Sabe?: todavía funciona la interferencia que nos han hecho los israelitas en esta onda.

—Cada cual se divierte como puede —sonrió Brigitte—. Hasta la vista.

Dos minutos más tarde salía a la calle, y poco después, en la esquina de Piazza Castelnuovo y Via Maqueda, entraba en el coche donde Simón-Palermo, solo, la estaba esperando. Sin mediar palabra, el espía puso el coche en marcha.

Poco después de dejar atrás Palermo, Simón, que iba mirando por el retrovisor, murmuró:

—¿Hay algún lugar tranquilo en la carretera que conduce a Altofonte?

—Muchos. Es una carretera secundaria.

—Nos sigue un coche.

—Pare en uno de esos lugares.

Cinco minutos más tarde, Simón-Palermo detenía el coche a la derecha de la carretera, cuya pendiente era considerable. Brigitte volvió la cabeza, vio el coche que también se había detenido a unos sesenta metros tras ellos, y sonrió. Sin decir palabra, salió del coche, y regresó hacia el otro. Cuando se detuvo junto al vehículo, los dos hombres que lo ocupaban la miraban entre expectantes y desconfiados. Ella dio unos golpecitos en el cristal de la ventanilla, y el hombre lo bajó. Parecía bastante mosqueado.

—¿Qué quiere? —preguntó en perfecto inglés.

—¿Conocen ustedes al señor Enstam?

—¿Por qué lo pregunta?

—Tengo un mensaje para él.

—¿Qué mensaje?

—Díganle que dos de sus hombres me están siguiendo, y que eso no fue lo acordado.

El hombre que hablaba con la rubia enrojeció levemente. Luego, sonrió.

—¿Y si no conocemos al señor Enstam? —preguntó.

La mano derecha de Baby apareció por el hueco de la ventanilla, empuñando su pistolita de cachas de madreperla, cuya pequeña pero mortífera boca de fuego quedó a pocos centímetros de la frente

del hombre, que respingó, igual que el otro.

—Si no son ustedes amigos del señor Enstam, me temo que su viaje ha terminado. Salgan del coche con las manos en la cabeza, y caminen hacia…

—Eh, eh, eh, un momento —masculló el hombre—… ¡Claro que conocemos a Dan Enstam!

—¿De veras? —La rubia sonrió angelicalmente—. En ese caso, ¿serán tan amables de ir a llevarle mi mensaje… *ahora mismo*?

El hombre sentado junto al conductor soltó una carcajada, y acto seguido dijo algo en hebreo. El conductor masculló algo en el mismo idioma, y terminó, en inglés:

—Está bien, le llevaremos ese mensaje.

—¡Qué amables son ustedes! Al mismo tiempo, díganle que tengo algo que parece bueno, y que en cuanto me haya asegurado de que los informes son correctos tendré el atrevimiento de reclamarle parte de su precioso tiempo para ponerlo al corriente. Feliz regreso.

La rubia se apartó de junto al coche. El conductor maniobró, y emprendió el regreso a Palermo. Brigitte volvió a sentarse junto a Simón-Palermo, que preguntó, vivamente interesado:

—¿Qué ha ocurrido?

Brigitte se lo explicó… y cuando pocos minutos más tarde avistaron la villa de Sayed Ephraim, el agente de la CIA todavía reía. Pero dejó de reír cuando Brigitte dijo:

—Espéreme aquí.

—¡¿Cómo, que la espere aquí?!

—Voy a ir a esa casa, pero sola. Le iré llamando por la radio de bolsillo cada media hora. Si dejo de utilizar la radio durante más de media hora, reúna a todos nuestros hombres, avise a los israelitas, y vengan a ver qué encuentran en esa casa.

—Pero… ¡eso es una locura!

—No quiero más muertes —murmuró Baby—. Salga del coche.

Simón abrió y cerró la boca varias veces, pero sin poder encontrar las palabras que deseaba para convencer a Brigitte. Por fin, optó por obedecerla, simplemente. Brigitte pasó ante el volante, y continuó hacia la casa. Poco después detenía el vehículo ante las verjas, que estaban cerradas. No se veía a nadie cerca, de modo que tocó un par de veces el claxon. Mientras esperaba, se dedicó a mirar

el cielo, de una tonalidad azul como poquísimas veces podía verse en Nueva York. El sol era diáfano, tibio.

No acudía nadie a abrir las verjas.

Baby frunció el ceño, y volvió a hacer sonar el claxon. Obtuvo el mismo resultado. Muy bien. Cogió el maletín, salió del coche, y se acercó a las verjas. Nadie. A derecha e izquierda de la entrada enverjada había un muro viejo, que se extendía por cada lado unos sesenta metros. Brigitte caminó hacia la derecha por delante del muro, hasta que éste terminó. Continuaba luego otro trecho con simples alambradas, pero la espía separó dos de los alambres, y entró en el recinto. Veía la casa entre olivos y naranjos. Tranquilamente, comenzó a caminar hacia allí, por la áspera tierra blanquecina, hasta llegar al sendero, en el que se veían grandes losas.

Había recorrido unos cincuenta metros cuando aparecieron los dos hombres, uno por cada lado del sendero. Los dos eran árabes, sin duda alguna. No italianos: árabes. Uno de ellos extendió un dedo, y lo hizo girar. La seña estaba clara: Brigitte debía dar media vuelta, y marcharse.

—Quiero ver al señor Sayed Ephraim —dijo en inglés.

El árabe repitió el gesto, mientras se acercaba con gesto poco amable. Brigitte repitió sus deseos en italiano, y los dos hombres se detuvieron.

—Márchese —dijo en italiano el que había hecho las señas—. El señor Ephraim no recibe visitas de nadie. De nadie.

Brigitte entornó un instante los párpados. Luego, continuó caminando en dirección a la casa. Los dos hombres le cortaron el paso, ya con gesto amenazador. Posiblemente llevaban pistolas, pero no debían de considerarlas necesarias con una mujer.

—Le he dicho…

La mano izquierda de Brigitte hendió el aire en dirección al cuello del hombre, girando de modo que la palma quedó hacia arriba, y el borde golpeó al árabe en un lado del cuello. No era un golpe fuerte: sólo preciso. El hombre puso los ojos en blanco, y comenzó a desplomarse lateralmente. El otro lanzó una exclamación, tendió las manos hacia Brigitte…, y ésta dejó caer el maletín, asió con sus dos manos la del hombre, se la pasó por encima del hombro derecho tirando de ella, y en cuanto el hombre

quedó cargado sobre su hombro por la parte de la espalda, se inclinó hacia delante con increíble fuerza…

El árabe lanzó un chillido cuando salió proyectado con el espectacular *ippon seoi nage* de judo, dio una vuelta en el aire, cayó de cabeza, se sentó, sacudió la cabeza… Una rodilla preciosa apareció por la abertura del ligero abrigo, y le golpeó de lado en la barbilla. Se oyó un crujido, el hombre gimió, y cayó de costado.

Brigitte recogió su maletín, y continuó caminando hacia la casa.

Unos veinte pasos más allá aparecieron otros dos árabes, cada uno empuñando una pistola. Brigitte se detuvo, sacó su arma, y extendió el brazo, apuntando a su vez a uno de los hombres, con una firmeza fuera de lo común. Su mirada fue de uno a otro hombre, que parecían no saber qué hacer…, hasta que, de pronto, desde la distante casa, llegó una voz en árabe, claramente audible en el silencio del lugar. Los dos hombres guardaron sus armas, y desaparecieron por entre los olivos.

Brigitte guardó la pistola, y continuó caminando.

Estaba ya muy cerca de la casa cuando vio al hombre que caminaba a su encuentro. También era árabe, y, como los otros, vestía a la europea. Pero este hombre era diferente. Más elegante, más limpio, más inteligente, sin duda alguna. Cuando se detuvo delante de la espía, sonreía como divertido. Debía de tener unos veinticinco años, y sus oscuros ojos centelleaban con admiración.

—¿Americana? ¿Es usted americana? —preguntó en inglés.

—Sí. Quiero ver a Sayed Ephraim.

—Ah. Se trata de eso… Bien, lo siento, pero…

—Usted no entiende —cortó secamente Brigitte—: he dicho que estoy aquí para ver a Sayed Ephraim, y eso es lo que voy a hacer, sea como sea.

—Es imposible, lo siento.

—¿Imposible? Bueno, puedo volver dentro de media hora con cincuenta hombres armados… ¿Cree que entonces también será imposible que me reciba el señor Ephraim?

El joven árabe parpadeó. Luego, señaló hacia la casa, en silencio. Cuando entraron en ésta, Brigitte fue conducida a un amplio salón en absoluto confortable. Parecía como vacío, de una austeridad incómoda.

—Espere aquí, por favor. Voy a intentar conseguirle la

entrevista.

—Gracias.

El muchacho vaciló un instante antes de preguntar:

—¿Es usted judía?

—Le he dicho que soy americana.

—Pero… ¿judía?

—No.

El árabe salió. Regresó cinco minutos más tarde, cuando ya Brigitte comenzaba a sentirse irritada. Salieron de aquel salón, cruzaron el amplio vestíbulo, y el muchacho abrió otra puerta. Antes de entrar Brigitte ya vio el cambio de decoración. El salón era bastante más pequeño que el otro, pero mucho más confortable, con abundancia de detalles árabes, como almohadones, mesitas…

En cuanto vio al hombre que la estaba esperando perdió todo interés por la decoración.

Estaba sentado en un amplio sillón tapizado con gruesa tela de Damasco, de color rojo intenso. Vestía a la europea, pero llevaba un blanco turbante no poco exótico. Parecía tener unos cincuenta años, y no habría resultado demasiado interesante, incluso con el turbante y la tupida barba entrecana, a no ser por los ojos, que contemplaban fijamente a su visitante. Es decir, un solo ojo, pues el otro permanecía hierático, y Brigitte comprendió enseguida que era de vidrio. Pero el ojo auténtico, de una negrura pavorosa, grande y reluciente, parecía capacitado para cumplir la función no sólo de sí mismo y del otro ojo, sino de muchos más. Bajo las densas cejas sorprendentemente negras, junto a la gruesa nariz aguileña, casi ganchuda, aquel ojo era como una lente escrutadora.

Una mano del hombre se movió, señalando un sillón colocado frente al suyo. Brigitte se sentó, en silencio, sin dejar de mirar aquel ojo escrutador, perforante.

—¿Es usted de la CIA? —susurró el hombre, en inglés.

—Sí.

El turbante se movió hacia delante.

—Siento lo de James Dreiser, pero mis hombres no tuvieron más remedio que matarlo. Y digo que lo siento porque habría preferido que me lo hubieran traído vivo.

—¿Por qué?

—¿No sabe usted de qué va este asunto?

—No.

—¿No le han dicho nada los israelitas?

—Según parece, ellos tampoco lo saben.

—Le han mentido a usted.

—Es muy posible. Bien, supongo que estoy hablando con Sayed Ephraim.

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Agente de la CIA, ya lo he dicho. Suelo trabajar con el nombre de Baby.

Sayed Ephraim se irguió vivamente, lanzando una exclamación.

—¿Es usted la agente Baby? ¿De veras?

—Sí.

—¡Bueno…! Esto cambia mucho las cosas. He oído hablar mucho de usted, y espero que… Pero ahora que reflexiono: debe de estar usted muy disgustada conmigo por la muerte de su compañero Dreiser. Tengo entendido que eso es algo que nunca perdona.

—Está usted muy bien informado.

Ephraim movió una mano, con gesto desganado.

—Hace muchos años que me dedico al espionaje… Seguramente, más que usted…, aunque nunca haya alcanzado su categoría. Es una lástima que exista entre nosotros ese escollo que significa la muerte de James Dreiser, pero pronto comprenderá que Halim y Zayed no mataron a nadie que valiese la pena… ¿Saben los israelitas que está usted aquí, que me ha encontrado?

—Por el momento, no.

—Magnífico. Aunque a decir verdad, estoy preparado para cualquier contingencia: le aseguro que los israelitas no volverán a atraparme vivo… como la otra vez. ¿Cómo me ha encontrado usted?

—No vale la pena hablar de ello.

—Para mí, sí. Aunque ya casi nada me interesa de la vida, esto sí me gustaría saberlo. Comprenda usted mi curiosidad… profesional, por favor.

—Está bien. Veamos, de acuerdo a todos los datos que habíamos podido reunir…

Cuando Brigitte terminó la explicación, Sayed Ephraim quedó silencioso, meditabundo.

Por fin, movió la cabeza, y pareció sonreír.

—Ha estado usted muy bien, aunque se ha equivocado en muchas cosas, señorita. Yo le voy a decir cómo ocurrieron los hechos…, a menos que no le interese.

—Me interesa.

—Lo suponía. Bien, le diré que hace ya algo más de dos meses que unos amigos míos estaban en contacto con Saúl Furgler, en Tel Aviv. Las negociaciones fueron largas y duras, pero finalmente ese judío aceptó el trato que se le ofrecía, y se dedicó a trabajar en la consecución de determinado material que yo sabía que existía…

—¿Qué material?

—Espere, por favor. Decía que Saúl Furgler consiguió el material que yo sabía que existía, y, entonces, cumpliendo la parte final del convenio con mis enviados, salió de Tel Aviv con ese material, para entregarlo aquí, en Palermo. A Furgler nadie le había dicho que estaba negociando con un árabe, de modo que cuando llegó a Palermo y James Dreiser se acercó a él, no desconfió. Está claro que Dreiser lo engañó, y lo llevó a la lancha *Pompeia* para matarlo y quitarle el material…

—¿Cómo pudo saber Dreiser que Furgler iba a llegar a Palermo?

—Ah, eso es uno de los grandes alicientes del espionaje. ¿Cómo lo supo? No tengo ni idea, pero lo supo, evidentemente. Yo creo que tanto él como otros agentes americanos e israelitas debieron de… detectar las actividades de Saúl Furgler en Tel Aviv, y, claro está, todos se alarmaron mucho, y comenzaron a tomar medidas para ponerse a salvo en primer lugar, y luego para intentar apoderarse del material de Saúl Furgler. Parece ser que Dreiser fue el que tuvo la posibilidad de salirle al paso a Furgler, así que lo mató. Sin embargo, no pudo apoderarse del material: Zayed y Halim, que habían bajado a Palermo para recoger a Furgler y traerlo aquí, intervinieron y mataron a Dreiser. Luego, efectivamente, cogieron la maleta de Furgler, y me la trajeron.

—¿El material estaba en la maleta?

—Sí… ¿Tiene usted prisa?

Brigitte, que había mirado su relojito, movió la cabeza con gesto negativo, abrió el maletín, sacó la radio, y apretó el botoncito de llamada.

—Sí —se oyó la voz de Simón—… ¡Diga!

—Tranquilo. Todo va bien. Volveré a llamar.

Cerró la radio, y miró a Ephraim, que la contemplaba con interés no exento de ironía.

—Sus precauciones son innecesarias —dijo pausadamente—: ya nadie podrá evitar que mis planes se cumplan, señorita.

—¿Esos planes… están relacionados con el material que le trajo Saúl Furgler desde Tel Aviv?

—Sí, en efecto.

—¿Y qué material es ése? ¿Cuáles son sus planes?

—¿Le gusta a usted el cine? —preguntó a su vez el árabe.

—Sólo el de calidad.

—Es una postura inteligente y cómoda la suya. ¿De calidad? Bien, estoy seguro de que mi fiel Kafar va a proyectarle una película de altísimo interés, pero no sé si le parecerá a usted que tiene… calidad suficiente. Como trabajo cinematográfico quizá no sea de gran altura, pero como contenido humano… ¿No cree usted, señorita, que a veces vale más lo que se dice que el modo de decirlo?

—Sí.

—Estamos de acuerdo. ¿Kafar?

—Sí, Sayed —lo miró el joven árabe.

—Proyéctale a nuestra admirada colega esa película. Ya que ha venido hasta aquí, vamos a obsequiarla como se merece una invitada de su calidad.

Capítulo IV

El joven y apuesto Kafar tardó muy poco en tenerlo todo preparado para la proyección. Apagó entonces la luz eléctrica, inevitable en aquel saloncito sin comunicación con el exterior, y a los pocos segundos comenzó la proyección del filme.

Apareció una calle, por la que caminaba gente en la que predominaba el atuendo árabe. Enseguida, la imagen se centró en un feo edificio.

—¿Conoce ese edificio? —Se oyó la pregunta de Ephraim.

—No.

—Ahí tienen sus oficinas los del Shin Beth… Espero que sí conozca el edificio que va a aparecer enseguida; está al lado del que estamos viendo… ¡Ahí está! ¿Lo conoce?

—He visto fotografías… Sí, ahora lo recuerdo, es cierto. El edificio que vemos ahora es la Cárcel Central de Palestina, en Jerusalén… La Maskubiyya, la llaman.

—En efecto. La famosa Maskubiyya, una de las cárceles más famosas en la actualidad, un lugar… tenebroso. Naturalmente, está… regentada por los israelitas. Pero usted ya sabe todo esto, ¿verdad?

—Sí… Sí.

—Bien. Como ve, la filmación de esta parte no representó dificultad especial, puesto que es exterior. Observará que las siguientes imágenes no son tan claras…, pero espero que sí lo sean para usted. ¿Tiene usted buena vista, señorita?

—Tengo una vista excelente —murmuró Brigitte.

—Me alegra mucho oír eso. De todos modos, cuando la filmación termine, tengo un pequeño obsequio para usted, por si decide proceder a… investigaciones técnicas de alto nivel. Pero concentrémonos ahora en la película. Ya hemos visto la entrada de la Maskubiyya… Pasemos ahora al interior.

A fin de no buscar excesivas complicaciones el operador de este filme se fue directo al lugar que nos interesa. Es de suponer que usted sabrá apreciar la extraordinaria labor del hombre que tomó la película… ¡Ahí está! ¿Conoce ese lugar?

Brigitte tardó unos segundos en responder. Estuvo mirando aquel habitáculo en el que se movían unos cuantos hombres, dos de ellos uniformados, y tres de paisano, a la europea. Al fondo, había más hombres, todos ellos amarrados a unas pesadas sillas que parecían de hierro. Estos hombres eran árabes, y algunos de ellos estaban prácticamente desnudos. Los que vestían de uniforme y a la europea estaban de espaldas a la cámara, y cuando se movían parecían viajar sobre unas montañas rusas. Era una mala película en su aspecto técnico, por el momento.

—No —contestó por fin Brigitte—… No lo conozco.

—Yo estuve ahí hace tiempo… Es una celda especial para castigos y torturas en la Maskubiyya… No se pierda eso.

—Primero ha de entrar el otro —dijo el joven Kafar.

—Sí, lo sé —asintió Ephraim.

La película se veló un instante; apareció el techo, se oscureció, todo se movió alocadamente… Cuando las imágenes reaparecieron, eran más nítidas… Ahora había cuatro hombres de paisano, no tres. Y otro hombre uniformado. El hombre de paisano que acababa de entrar en escena se había acercado a los hombres amarrados a sillas metálicas. Se le vio perfectamente alzar una pierna, y dejarla caer con fuerza, de modo que la suela de su zapato fue a golpear entre las ingles de unos de los prisioneros, justo sobre el paquete genital. Brigitte vio cómo se abría la boca del prisionero árabe, y tuvo la sensación de que incluso oía su grito.

El hombre que había pateado los genitales del árabe se volvió hacia los otros tres de paisano, sonriendo divertido. Brigitte vio bastante bien su rostro correcto, atractivo. La sonrisa del hombre, sin embargo, le produjo náuseas.

—¿Conoce a ese hombre? —preguntó Ephraim.

—No.

—¿No? Sin embargo, es americano; un agente de la CIA. Su nombre es Scott Aiken.

—No… ¡No es cierto!

—No tengo la menor intención de discutir con usted.

Simplemente, la iré informando de las cosas que aparezcan y sobre las cuales tenga usted alguna duda… Ahora se volverá uno de los otros hombres de paisano. Concentre su atención en ellos, porque son los que nos interesan. Los de uniforme no hacen nada que valga la pena mencionar… ¡Ahora se vuelve! ¿Lo conoce?

Brigitte Baby Montfort sintió como un pellizco en el estómago.

—Sí —murmuró—… Lo conozco.

—¿De veras? Pues es extraño que conozca a éste y no a su compañero.

—Nunca conocí a Scott Aiken, ni por fotografías ni en persona. En cambio, no hace mucho, he visto fotografías de este otro hombre. Se llama Rubén Goepper, y es uno de los tres agentes israelitas que han desaparecido hace algunas semanas… ¡Ése es James Dreiser!

Otro de los hombres de paisano se había vuelto también, y Brigitte vio perfectamente su rostro. Aunque las fotografías que había visto de James Dreiser lo mostraban muerto y con un ojo reventado, la espía no tuvo la menor duda respecto a la identidad del hombre que aparecía en la pantalla.

—En efecto, ése es James Dreiser, el hombre que tuvimos que eliminar en la lancha *Pompeia*. Y es una lástima que Zayed y Halim tuvieran que matarlo, porque le aseguro que me habría gustado capturarlo con vida. Bueno, ahí tiene a dos de sus compañeros de la CIA: Scott Aiken y James Dreiser. Con ellos, ha podido ver a un agente israelita, el llamado Rubén Goepper, en efecto. Pero todavía queda otro hombre de paisano. Es otro agente israelita, al que pronto podrá ver. Aunque antes… Observe bien, señorita.

Todos se estaban moviendo ahora dentro de la celda. En algunos momentos la dificultad de la filmación hacía recordar las viejas películas del inefable Charlot, pero el ritmo era rápidamente recuperado. El hombre que manejaba la cámara se había acercado más a los árabes prisioneros, y había conseguido lo que parecía imposible: mayor claridad de imagen y mejor enfoque de la escena.

Brigitte miraba con ojos muy abiertos. Le quedaba por identificar a uno de los hombres vestidos de paisano, pero a los otros tres los había visto ya varias veces, y, desde luego, si bien no podía saber si uno de ellos era Scott Aiken, no tenía ya la menor duda de que los otros dos eran James Dreiser y Rubén Goepper…

Pero no conseguía ver bien el rostro del otro…

Fue éste, precisamente, quien en aquel momento daba una orden, con seco gesto. Uno de los hombres uniformados se acercó a uno de los árabes, le separó la escasa ropa que lo cubría, y dejó al descubierto sus órganos genitales. El hombre de paisano todavía no identificado, se acercó, asió el pene del árabe, y dio un tirón… Brigitte vio cómo el rostro del hombre se distorsionaba en un gesto de dolor espantoso. Fue entonces cuando el cuarto hombre de paisano se volvió, sonriendo, haciendo un comentario a los otros.

Brigitte lanzó una exclamación.

—¿Lo conoce? —preguntó vivamente Ephraim.

—No… No.

—¿No? Claro que sí lo conoce. Lo que ocurre es que usted ha llegado a la conclusión de que no debe decirme más nombres… Pero le aseguro que no necesito sus informaciones: sé perfectamente que ese hombre es Mose Langher, otro agente israelita. ¿Cierto?

—Sí.

—Eso está mejor. Mose Langher es el más veterano de ese grupo, el de más edad. Tiene experiencia… ¿También ha visto fotografías de él hace poco?

—Sí.

—¿Se las enseñó Dan Enstam?

—¿Quién?

—Vamos, no sea niña… Sé muy bien que Dan Enstam está en Palermo, en un yate. Es lógico que usted se haya entrevistado con él, aunque antes no lo haya mencionado. Por supuesto, comprendo su postura, pero conmigo puede ahorrarse la molestia de mantener su cerebro despierto y alerta: estoy bien informado de todo. ¿Le enseñó las fotografías Dan Enstam?

—Sí.

—Ese criminal… Bueno, en el fondo me alegro mucho de que esté aquí. Quizá podamos… tener algún contacto directo con él. Pero no nos distraigamos: observe lo que hace el veterano Mose Langher con ese prisionero palestino…, si es que tiene usted estómago para ello.

Mose Langher estaba en aquel momento dando otro tirón, pero ahora incluyendo en la tortura los testículos del prisionero árabe, que se desmayó de pronto. El americano Scott Aiken se acercó a él,

y comenzó a abofetearlo furiosamente. James Dreiser le agarró por un brazo, y señaló otro de los prisioneros. Mose Langher dijo algo, y Rubén Goepper se acercó a la pared, tomó un hilo eléctrico, y tiró de él… Los extremos quedaron ante el rostro de otro de los prisioneros árabes, cuyas facciones se desencajaron. Comenzó a mover la cabeza frenéticamente en sentido negativo. Entonces, Goepper le aplicó los extremos de los hilos en el vientre.

El prisionero pareció saltar; pero, realmente, no se movió de la pesada silla. Sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas. Se estremecía bajo la descarga eléctrica, chillaba… Un chillido que, al no poder oírse, pues la película era muda, le pareció a Brigitte espeluznante.

Desvió la mirada hacia Sayed Ephraim, y, al resplandor de la proyección, lo vio con la cabeza vuelta hacia ella, mirándola fijamente. Volvió a mirar a la pantalla… Aparecieron unas imágenes distorsionadas, como rompiéndose.

Luego, volvió la imagen normal… Mose Langher tenía en la mano derecha un cuchillo, casi una bayoneta. Estaba delante de otro de los prisioneros, blandiendo el cuchillo. El árabe movía negativamente la cabeza. Mose Langher asió la oreja derecha del árabe con su mano izquierda, la separó un poco de la cabeza, y pasó el cuchillo, con gesto lento… Cuando su mano izquierda se apartó, llevaba la oreja del árabe entre los dedos, goteante. Del hueco dejado en la cabeza del árabe brotaba un chorro de sangre, y el hombre parecía haberse vuelto loco…

—Pare eso —jadeó Brigitte—… ¡Párelo!

—¿Por qué motivo? ¡Sólo son prisioneros palestinos!

—¡Párelo!

—No debe tomárselo así. Sería diferente si estuviesen torturando a los americanos, pero a los palestinos, ¿qué más da? ¿Verdad que no tiene importancia que torturen a unos palestinos? Vamos, no se pierda eso, señorita… ¡Pero si no es nada! Observe. Observe ahora cómo le cortan la mano a un hombre… ¿No quiere ver eso?

—¡Le digo que lo pare!

—Serénese. No ha visto prácticamente nada. Si presta atención, verá cómo se le corta la mano a un hombre. Luego, cómo le introducen un hierro candente a otro hombre, por el ano. Y verá más torturas en los genitales, la cara, las manos y los pies. Y verá

cómo uno de los prisioneros no puede resistir una descarga eléctrica en la punta de su pene y muere de modo fulminante. Y verá…

—¡Le digo que pare eso…! —gritó Brigitte.

Pero las imágenes continuaban. La espía se puso en pie, se volvió, y lanzó un manotazo hacia el proyector. Por un instante, las imágenes se vieron en el techo, luego hubo un chispazo, el aparato cayó al suelo, y todo se apagó.

Casi enseguida, se encendió la luz, y, junto al interruptor, Kafar buscó con la mirada el lugar donde había caído el proyector. Sayed Ephraim, inmóvil en su butaca, miraba a Brigitte, centelleante su único ojo. La espía se había sentado de nuevo, y tenía las manos ante el rostro.

—Yo tengo la impresión, señorita —dijo calmosamente Sayed Ephraim—, de que en más de una ocasión usted se habrá visto forzada a recurrir a algún tipo de tortura para obtener información, o cualquier otra cosa que le conviniera. No sé hasta qué punto habrá podido llegar en sus torturas, pero desde luego, no al que llegaron esos hombres en esa sesión… Ya no le voy a hablar de otros torturadores, ni de otros procedimientos, como son las celdas en las que un hombre no puede permanecer si no es en posición fetal. No voy a hablarle de los diversos sistemas para dar palizas, ni de los chorros de agua helada o hirviente con que rocían a los prisioneros, ni de la vieja jugarreta de apagar cigarrillos sobre la carne, ni de arrancar uñas de pies y manos, o de romper dedos… ¿No quiere usted verlo? Está bien, no mire. Pero existe. Esas cosas han existido… y siguen existiendo, siguen llevándose a cabo en la Maskubiyya, y en otras cárceles israelitas, con los prisioneros árabes, especialmente con los palestinos. Usted puede romper un proyector, o destruir una película…, o cerrar los ojos, pero todo eso existe. Existió y existe.

Brigitte retiró las manos del rostro.

—No es cierto… ¡No es cierto! ¡Esa película está trucada!

—¿Trucada? ¿Qué quiere decir?

—Es… es un arreglo, es todo un trucaje cinematográfico.

—Ya, ya. ¿De modo que todo esto es… un guion de cine, con actores que hacen su trabajo? ¿O fotografías sueltas o trozos de películas inofensivas montadas de esta manera para que parezca que los prisioneros palestinos son bestialmente torturados? ¿Eso es

lo que usted quiere decir?

—Sí… ¡Sí!

—Bueno, realmente, si usted es la agente Baby me está resultando no sólo muy sensible, sino increíblemente ingenua. De todos modos, ya tenía prevista esa reacción en las personas que viesen la peliculita, y he tomado mis medidas.

—¿Qué medidas?

—He hecho varias copias de esta película, naturalmente. La que acabamos de visionar a medias es para usted. Un obsequio. Pero no se trata de un obsequio desinteresado, como usted comprenderá… ¿Dice que la película es toda ella un trucaje cinematográfico? Muy bien: pues envíela a los laboratorios de la CIA, que la examinen sus expertos, los mejores del mundo… Que la miren como quieran, que la sometan a todas las pruebas que quieran…, y ya me dirán si es una película auténtica o un trucaje cinematográfico. ¿Cree que en los laboratorios de la CIA pueden averiguar eso?

—Desde luego que sí.

—Pues sea tan amable de enviar a sus compañeros la película que acaba de ver. En realidad, van a hacerme ustedes un favor, ya que no quisiera haber sido engañado por Saúl Furgler. Desde luego, yo sabía hace tiempo que alguien estuvo tomando película en esa celda especial de la Maskubiyya… La voz comenzó a correrse de pronto, y claro está que los del Shin Beth también se enteraron. Imagínese el sobresalto que tuvieron los israelitas cuando supieron que alguien tenía una película de esas características. Al principio no tenían ni idea de quién y cuándo pudo haberla filmado, pero quizás obtuvieron inteligentes conclusiones cuando de súbito desaparecieron algunos de sus hombres, como Mose Langher y Rubén Goepper, y posiblemente alguno más que también había hecho barbaridades y pensó que él podía ser el «protagonista» de esa película. En cuanto los que habían cometido atrocidades supieron de la existencia de esa película, se esfumaron rápidamente; se escondieron… El único que ha reaparecido hasta ahora ha sido James Dreiser, que, evidentemente, quería quitarle la película a Saúl Furgler… Es muy posible que los que cometieron esas salvajadas se hayan agrupado y estén formando ahora un frente común para dedicarse a la búsqueda y consecución de la película… Por eso no hay modo de encontrarlos, si bien, eso está bien claro,

ellos están sobre la pista, sea como sea. Son espías profesionales, no lo olvidemos: tienen muchos recursos. Por fortuna, mis hombres intervinieron a tiempo…, en esta primera ocasión. Y ahora, ya no hay cuidado, porque he hecho varias copias de la película, y están… en lugares seguros. ¿De verdad va a ser tan amable de enviar esta copia a los laboratorios de la CIA para que comprueben su autenticidad?

—Sí… Lo haré. ¡Y si usted está mintiendo…!

—Ahórrese amenazas. Ya no me impresionan.

—Está bien. Pero… ¿qué pretende usted hacer con estas películas?

—Ah, su pregunta ha tardado en llegar, pero ha llegado. Era inevitable. ¿Qué pienso hacer con esta película? Bueno… ¿qué haría usted?

—No lo sé. Creo que la destruiría.

—¿Está loca? —Respingó Sayed Ephraim—. ¡Por supuesto que no pienso hacer semejante cosa! ¡Ah, no! Le diré lo que tengo pensado hacer con esa película: enviaré copias a todo el mundo. En primer lugar, a la ONU. También enviaré copias a Washington, Moscú, Pekín, Paris, Madrid, Roma, Tokio, Méjico, Buenos Aires, Estocolmo… Y a muchas cadenas de televisión. Y a productoras de noticieros cinematográficos, y al Vaticano, y a La Meca, a El Cairo, a Bagdad… ¡Voy a enviar copias a todo el mundo! ¿Lo entiende bien? *¡A todo el mundo!*

—Dios mío…

—¿Dios mío? *¿Cuál es su Dios?*

—Sayed, si usted hace eso…, si envía copias a todo el mundo, va a ser horrible. Sólo conseguirá excitar los ánimos contra los israelitas. Todos sabemos que algunos prisioneros son torturados, pero una cosa es saberlo y otra cosa es verlo… ¡Si hace eso va a ocasionar un caos mundial! Parte del mundo se pondrá en contra de Israel, y otra parte la defenderá… Se producirán atentados de toda clase, morirá mucha gente, puede que se inicien serias hostilidades entre diversos países, que podrían significar el inicio de una guerra mundial… ¡No puede hacer eso ahora que van a llevarse a cabo conversaciones en El Cairo para firmar la paz de un modo concreto!

—¿No puedo hacerlo? Vaya… Pero hablemos de esa paz. ¿Qué clase de paz será? ¿En qué modo nos afectará a los palestinos? ¿Se

reconocerán nuestros derechos? ¿Serán liberados los miles de prisioneros que los israelitas tienen en su cárceles de Sarfad, de Al Damun, de Shatta, de Moseyaho, de Beit Lid, de Al Talmun, de Nablus…, o las prisioneras palestinas que en la nueva prisión de Nafa Tartasa son contagiadas de enfermedades infecciosas por la escoria de la población femenina israelita? ¿Se nos dará un lugar donde vivir como se hizo con los israelitas hace años? ¿Se nos reconocerá a los palestinos mundialmente como pueblo, como nación? Dígame: ¿nos proporcionará todo eso la paz a los palestinos?

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—No lo sé —murmuró.

—Yo sí lo sé. No nos darán nada de nada. Así pues, si la paz no ha de alcanzarnos a nosotros, ¡que no haya paz!

Pareció que la agente Baby titubeaba. De pronto, la pistolita apareció en su mano, que apuntó con no demasiada firmeza a la cabeza de Sayed Ephraim.

—Lo voy a matar —susurró.

La reacción de Sayed fue calmosa, y dirigida más bien hacia el muchacho, que se había movido rápidamente…

—Quieto, Kafar. Ella te mataría antes de que pudieses hacer nada. Y eso es innecesario. Tan innecesario, o mejor dicho, tan inútil como sería matarme a mí, señorita. Ya le he dicho que lo tengo todo previsto: aunque usted me mate a mí, a Kafar, y a todos los hombres que hay en esta casa, ya no podrá impedir nada… Oportunamente, se procederá a la distribución de las copias de esa película, esté yo vivo o muerto. El mecanismo está en marcha. Ya nada puede detenerlo…, de modo que si quiere usted disparar, no se prive de ese gusto.

—¡No puede usted hacer eso! —exclamó Brigitte.

—Ya lo he hecho.

—¡No!

—Lamento haber perturbado tanto su equilibrio emocional.

—Debe… debe de haber algún modo de convencerlo a usted… para que no siga con eso, Zayed.

—Lo dudo. No hay nada en el mundo que pueda interesarme más que realizar ese proyecto que me ha costado tanto tiempo y dinero. He invertido en él casi tres años de mi tiempo, y mi pequeña

fortuna conseguida en duros años de lucha… No hay nada que pueda compensarme de anular ese proyecto.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —musitó Brigitte.

—Dígame algo que pueda interesarme más. ¿Realmente se le ocurre algo?

—Sí. Pero sólo se lo diré a solas.

Zayed permaneció inmóvil unos segundos; luego, su rostro se volvió hacia el joven palestino.

—Déjanos solos, Kafar. Sin replicar.

El muchacho titubeó un instante, pero se dirigió hacia la puerta. Cerró tras él, y el saloncito quedó en silencio. El ojo de Zayed Ephraim pareció clavarse en Brigitte Montfort.

—Muy bien… ¿Qué tiene que ofrecerme?

—La más hermosa y dulce vida que pueda usted imaginar para el resto de sus días —susurró Brigitte.

Capítulo V

Zayed Ephraim parpadeó.

—Eso es mucho ofrecer —susurró—… ¿En qué consiste exactamente esa hermosa y dulce vida, esa… oferta?

—Podrá escoger el lugar donde vivir, y jamás le faltará dinero… Todo el dinero que quiera, para conseguir todo cuanto le apetezca. Absolutamente todo.

Una tenue sonrisa se dibujó entre la barba y el bigote de Zayed Ephraim.

—¿Tendré… incluso amor? —inquirió.

—También amor. No sé si habrá en el mundo alguna mujer capaz de enamorarse de usted, pero si la hay, yo se la encontraré. Y si no la encuentro, yo misma haré todo lo posible para que usted sienta que vive con amor.

—Es usted tan hermosa, señorita, que de ninguna manera puedo creer que fuese capaz de… emparejarse con un hombre como yo.

—¿Qué tiene usted de malo, a fin de cuentas? —Intentó sonreír Brigitte, dejando la pistola sobre una mesita—. Es un hombre, simplemente.

—¿Viviría usted sexualmente conmigo?

—Sí.

—Jamás podré creerla.

Brigitte consiguió sonreír de nuevo. Se quitó el ligero abrigo, y luego, lentamente, procedió a desvestirse. A medida que su cuerpo iba quedando al descubierto, el ojo de Zayed Ephraim relucía más y más, de un modo extraño…, como siniestro. Pero Brigitte no se detuvo. Quedó completamente desnuda, mostrando toda la esplendidez de su belleza. Ephraim contempló en silencio los magníficos senos erguidos, turgentes; la forma de las caderas, las esbeltas piernas, el terso vientre, el pubis, todos y cada uno de los centímetros de aquella piel dorada, como seda y oro…

—¿Le parezco satisfactoria? —murmuró la divina.

—Mucho.

—Todavía puedo serlo mucho más… en acción —dio ella unos pasos hacia él—. Puedo hacerle olvidar todas las amarguras de su vida pasada, Zayed.

Se sentó en sus rodillas. Ephraim alzó las manos, y tocó los pechos elásticos y sedosos, deslizándolas luego por el vientre. Sus dedos estiraron suavemente algunos rizos sexuales de la espía, profundizaron más… Brigitte se inclinó, y sus labios se hundieron entre la barba y el bigote del árabe. Lo estuvo besando unos segundos, mientras notaba una mano de él en su espalda, y la otra en íntima caricia…

—Ven —susurró, poniéndose en pie y tirando de sus manos—… Ahora mismo, sobre la alfombra, quiero que tengas la primera muestra de todo lo hermoso que puedes conseguir de la vida en adelante… Ven conmigo…

Ephraim se había puesto en pie, pero no se movía. Brigitte dirigió su mano hacia los pantalones de él, tocó, y lo miró sorprendida.

—Pareces muy difícil de… convencer —sonrió—. Pero estoy segura de que lo conseguiré.

—Inténtalo —susurró Sayed.

Ella abrió los pantalones, y comenzó a acariciarlo. Sus finos deditos de seda eran tan maravillosos que podían conseguir cualquier cosa de un hombre. Pero Sayed Ephraim no reaccionaba. Ella miró, y luego miró de nuevo el ojo de Sayed. Éste era más bajo que ella, apenas le llegaba por la nariz.

—¿No te gusta? ¿Quizá, como principio, deseas algo especial?

—¿Qué se te ocurre de especial?

—Puedo hacer todo lo que me pidas.

—Entonces, arrodíllate delante de mí e inténtalo de ese modo.

Brigitte se arrodilló, quedando frente a los descubiertos genitales del árabe. Él agarró su cabeza con ambas manos, y la acercó. Brigitte cerró los ojos, y cedió a la tracción. Notó primero en su rostro el contacto, y luego…

Cuando alzó la mirada hacia Ephraim, éste la contemplaba, con una extraña mueca en sus barbudas facciones.

—Parece que estás dispuesta a todo, realmente, con tal de

detener mis proyectos —susurró él—… Pero no te esfuerces más; es inútil. Soy demasiado horrendo para ti.

—No eres horrendo. Sólo…

—¡Soy horrendo! —exclamó de pronto Sayed, furiosamente, empujándola y alejándose de ella; y sólo entonces se dio cuenta Brigitte de que él cojeaba visiblemente—. ¡Soy mucho más horrendo de lo que te imaginas! ¡Y vas a verlo!

Se quitó de pronto el turbante, dejando ver una cabeza completamente rapada, y llena de cicatrices, de anchos costurones blanquecinos. A continuación, se quitó el ojo de cristal, y acto seguido, para sobresalto de Brigitte, la dentadura, toda ella postiza. Ephraim se bajó completamente los pantalones, dejando ver su pierna izquierda, convertida en un amasijo de carne y hueso de la rodilla para abajo… De un tirón se arrancó la barba y el bigote, dejando ver la carne del rostro, que parecía de celuloide, también surcada de numerosas cicatrices… El aspecto de aquel hombre era ahora horripilante.

—¿No te parezco horrible? —chilló—. ¡Di la verdad! Pero antes, mírame bien: me falta un ojo, no tengo un solo diente en la boca, soy cojo, tengo la cabeza y la cara convertida en carne muerta, hasta el punto de que no crece ni un cabello, ni un solo pelo de barba… Mi pierna es como de madera de rodilla para abajo… ¿Y quieres saber por qué no has conseguido hacerme reaccionar con tus caricias? Yo te lo diré: ¡porque soy impotente, porque me quemaron los testículos una y otra vez con descargas eléctricas, y me los machacaron a puntapiés! ¡Mírame bien! Y dime: ¿cuantos años crees que tengo? ¿Cincuenta, sesenta tal vez, quizá setenta? ¡Tengo cuarenta y dos años! ¡Cuarenta y dos años, y sólo soy un monstruo viviente, un bicho sin sensaciones de ninguna clase! ¿Y quieres que te diga quién me puso así, quieres saber quién me reventó un ojo, me destrozó la cabeza, me machacó la pierna, me electrocutó los testículos y el pene…? ¿Quieres saberlo? Pues te lo diré: ¡fueron *ellos*! ¡¿Lo entiendes?!

Brigitte, ahora de pie, contemplaba con expresión tensa al hombre que le había causado tal sorpresa. Hasta entonces, allí sentado, con su turbante, su buena ropa, su barba bien cuidada, todo lo que se habría podido decir de él es que era tuerto. Pero ahora…

—Sé que lo entiendes —dijo él, tras los segundos de silencio—… Ahora, vístete, recoge esa película, y vete. Naturalmente, si antes de marcharte deseas matarme, puedes hacerlo. Me gustaría estar vivo para ver qué pasa cuando mi proyecto se realice, pero tampoco es demasiado importante. Haz lo que gustes, pero márchate.

La agente Baby se vistió, lentamente. Cuando terminó de ponerse el abrigo, recogió su maletín, y luego la pistola, de sobre la mesita. Miró a Sayed Ephraim, que la contemplaba fijamente. Se guardó la pistola y murmuró:

—Lo siento… ¡Lo siento!

—¿No vas a matarme? ¡Casi te lo agradecería!

—¿Puedes detener todo el mecanismo de divulgación de esa película?

—Puedo hacerlo. ¡Pero no lo haré!

—Sólo por un día —murmuró Brigitte—… Dame veinticuatro horas. Volveré a visitarte, y terminaremos la conversación. ¿Puedo contar con ello?

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Cuando menos, reflexionar. ¿Cuento con un día?

—No servirá de nada. Y hasta es posible que no llegues a vivir ese día. Primero apareció James Dreiser en busca de la película. Él solo, quizá porque los demás no pudieron llegar a tiempo. Pero… ¿crees que desistirán de conseguir la película? Dreiser está muerto, pero quedan Aiken, Goepper, Langher…, y muchos otros que aunque no estén en esta película, ellos saben que hicieron cosas así, y pensarán que esa película puede ser la de ellos. Si Dreiser avisó a unos, ésos vendrán, pero atraerán a otros… Y cuando esos hombres lleguen aquí, y sepan a quién han de atacar, no tendrán piedad de *nadie*. Todo lo que querrán, en lo único que pensarán, será en la película. Por lo demás, el hecho de interesarse por ella ya demostrará que tomaron parte en alguna que otra sesión de tortura…, lo que ya define qué clase de hombres son. Quizá no vivas hasta mañana.

—Dame un día —insistió Brigitte—… El tiempo necesario para que haga examinar la película, aunque sea en Roma o en Paris, donde también tenemos medios para asegurarnos de su autenticidad. Por favor, no hagas nada hasta entonces. ¿Sí?

—He esperado tanto tiempo que bien puedo esperar otro día.

Pero como habrás comprendido, yo no necesito que nadie me asegure que la película es auténtica: sólo tengo que recordar lo que hicieron conmigo para saber que todo lo que hemos visto es auténtico.

Brigitte no contestó. Recogió la película, metió el estuche en su maletín, y se dirigió hacia la puerta. Desde allí, insistió una vez más:

—Veinticuatro horas, Sayed.

—Está bien. Pero estás perdiendo el tiempo: la película es auténtica, lo sé.

Brigitte Montfort salió del saloncito.

* * *

En el saloncito del yate, la película terminó. Brigitte, que había mantenido los ojos cerrados, percibió el chasquido de la máquina al detenerse. Luego, oyó el sonido del rebobinado automático, y acto seguido el descorrerse de las cortinillas del ventanal que quedaba al nivel de la cubierta del yate. Percibió, también, el resplandor rojo, ya morado, casi negro, de la puesta de sol.

Abrió los ojos, y enseguida vio a Dan Enstam, sentado en la butaca, inmóvil, lívido, demudado el rostro. En otro sillón, ahora, se dejó caer el israelita que había manipulado el proyector. Junto a Brigitte, Simón-Palermo estaba pálido como un muerto.

Enstam reaccionó de pronto, y encendió un cigarrillo; las manos le temblaban de modo apenas perceptible.

—Estamos en un mal apuro —susurró de pronto—… ¡Sea como sea tenemos que impedir que ese palestino distribuya la película!

—Quizá sea trucada —murmuró el otro israelita.

—Aunque sea trucada —lo miró Brigitte, todavía rubia de ojos verdes—, la exhibición de ese pequeño filme sería un auténtico desastre en estos momentos. Y en cualquier momento, claro está. Puede que sea un trucaje, puede… Supongamos que lo es. Aun así, si se proyectaba en varios lugares del mundo, sobre todo en lugares públicos, se produciría una masiva mentalización en contra de Israel que acarrearía muchos problemas. Especialmente si esas películas son proyectadas en países árabes. ¡Y todo esto en unos momentos en que el presidente Carter está preparando su viaje a El

Cairo, en unos momentos en que parecen existir posibilidades de que se firme la paz…!

—Naturalmente —dijo con voz gélida Enstam— ese Ephraim ha escogido este momento. Quizás ha acelerado todo precisamente con el fin de divulgar la película en estos días. Y desde luego, aunque finalmente descubriésemos que la película está trucada, el mal ya estaría hecho: las cosas se habrían complicado tanto que quizá ni siquiera fuese ya necesario el viaje del señor Carter.

Simón-Palermo lo miró con visible hostilidad.

—Usted sabía que existía esa película, y no nos dijo nada. ¿A eso le llama jugar limpio?

—No tenía la seguridad de que existiera —se defendió Dan Enstam—. Es cierto que hace algunas semanas estaba circulando el rumor, pero a unos niveles todavía muy discretos. Tampoco se mencionaban nombres… Sólo se hablaba de una película… peligrosa.

—Estoy pensando —murmuró Brigitte— que quizás usted podría averiguar quién la filmó, Enstam. Si encontrásemos a ese hombre él podría decirnos si es auténtica o no.

—No sería fácil. Por la Maskubiyya han pasado muchos prisioneros. Ni siquiera sabemos qué día se produjo esa reunión de personajes. Habría que dedicar a eso un tiempo del que, según parece, no disponemos.

—¿Y si investigasen a Saúl Furgler? —intervino de nuevo Simón—. Sería interesante saber cómo consiguió él la película, y qué pagó a cambio de ella…, y qué esperaba obtener. ¿Le dijo algo ese palestino al respecto, Baby?

—No. Pero se supone que Furgler esperaba conseguir una buena cantidad de dinero. ¿Qué otra cosa?

—Ese maldito cerdo… —jadeó Enstam.

—Yo diría —lo miró fríamente Brigitte— que no es Saúl Furgler el más cerdo en este asunto. Ni el más maldito. Todo esto no estaría sucediendo si antes no hubiesen sucedido esas cosas en la Maskubiyya, Enstam.

—¡Bueno, está bien, pero sucedieron, ¿no es así?! ¡Lo que tenemos que hacer ahora es solucionar el asunto, y ya tendremos tiempo luego para reproches e insultos! Además, usted parece olvidar que en esa película intervienen dos agentes americanos que

no son precisamente unos angelitos rebosantes de bondad.

—Yo no olvido nada. Ni siquiera la posibilidad de que usted se decida a enviar todos sus hombres a la villa de Sayed Ephraim para que pasen a cuchillo a todos los hombres que hay allí. ¡Guárdese de hacer semejante cosa, Enstam!

—¡Usted está en contra de mí, y no debería ser ésa su postura!

—¿Cuál debería ser mi postura? —Alzó las cejas Brigitte.

—¡Deberíamos machacar a ese palestino! ¡A fin de cuentas los intereses de la CIA y los nuestros son los mismos!

—Hay algo que usted no tiene en cuenta: mis intereses no son los mismos que los de la CIA. A mí no me interesa de modo especial favorecer a la CIA, sino evitar conflictos mundiales. Y tengo la certeza de que si ahora atacamos a Ephraim esos conflictos mundiales no sólo no desaparecerán, sino que se precipitarán. Y ESO es lo que yo no quiero, Enstam, ésos son MIS intereses. ¿Lo entiende?

Enstam iba a contestar, pero en aquel momento dos hombres aparecieron en el saloncito del yate: un americano y un israelita. El americano miró a Brigitte.

—La avioneta está preparada: podemos llevar la película a Roma cuando usted guste.

—¿Han enviado el mensaje para que desde París y Bonn se desplacen algunos técnicos de allá para colaborar con los de Roma?

—Todo está en marcha. Se van a reunir en un laboratorio de Roma los mejores especialistas de Europa en esta materia. Puede estar segura de que lo que ellos digan será la verdad.

—¿Cuánto tiempo pueden tardar en decirnos algo?

—No sé. Pero espero que unas doce horas como máximo.

Brigitte miró su relojito, y asintió. El agente israelita que había utilizado el proyector estaba retirando la película de éste. Una vez hecho, la entregó a Simón, que miró interrogante a Brigitte, la cual movió la cabeza negativamente.

—Eso es todo, Simón. Tengan cuidado.

El agente de la CIA se marchó. Las personas que quedaban en el yate permanecieron en hosco silencio durante un par de minutos. Enstam miró a Brigitte.

—¿Por qué demonios no quiere decirme dónde está exactamente ese loco?

—Porque de este modo, sus hombres están distraídos buscándolo, y eso me asegura que no pueden atacarlo, de momento.

—Supongo que, al menos, lo tendrá usted bien vigilado.

—No se preocupe por eso. Bien…, parece que no podemos hacer grandes cosas, mientras esperamos noticias de la película.

—¿Y luego? Supongamos que desde Roma la avisan a usted de que la película no contiene truco alguno, que todo es auténtico… ¿Qué haríamos entonces?

—No lo sé —murmuró Brigitte—… La verdad es que no tengo ni idea.

—¡Pues sí que estamos bien!

—Tómeselo con calma —Brigitte se puso en pie, sonriendo levemente—… Seguramente, podremos arreglarlo: yo siempre he tenido mucha suerte en todo.

Dan Enstam se quedó mirándola con gesto de pasmo. Luego, soltó una seca carcajada.

—¡Es usted extraordinaria! —exclamó—. ¡Suerte! ¿Qué puede tener que ver la suerte con todo esto?

—Mucho —lo miró fijamente Brigitte—…, porque si yo no tuviese suerte, habría sido imposible que hubiese sobrevivido después de tantos años de tratar con gente como la que me rodea.

—¿Me está insultando? —Palideció el israelita.

—Si quisiera insultarle, conozco el vocabulario adecuado para ello. Buenas tardes, Enstam. Mejor dicho, buenas noches, pues ya es de noch…

¡BOOOOUUUMMMMM!, sonó el estampido. Y pareció que crujiese el agua, y todo el yate, que se estremeció, mientras por el ventanal corrido a nivel de la cubierta aparecía un rojo resplandor.

Capítulo VI

El único que no perdió el equilibrio fue Dan Enstam, ya que no se había puesto en pie al hacerlo Brigitte. Ésta, Simón, y el único israelita que quedaba allí, casi rodaron por el piso. El israelita se sujetó al sillón, Simón cayó de rodillas, y Brigitte se encontró de nuevo sentada, iluminado su rostro por el rojo resplandor. Como contraste, Dan Enstam se puso en pie de un salto, demudado el rostro.

—¿Qué pasa…? —aulló.

Arriba, en la cubierta, se oían fuertes pisadas. El gran resplandor rojo decreció y desapareció rápidamente. Brigitte se puso de nuevo en pie, y pese a la fuerte oscilación del yate, echó a correr hacia la salida del saloncito, empuñando ya su pistola. Los tres hombres, a trompicones, corrieron tras ella. Cuando aparecieron en la cubierta, tres israelitas, pistola en mano, gritaban algo. Estaban empapados de agua, y la cubierta del yate se veía reluciente… Desde el muelle llegaban gritos…

Uno de los israelitas dijo algo en su idioma, señalando mar adentro, y Brigitte y los demás miraron hacia allí.

Vieron la forma de una lancha de color claro, que estaba virando, alzando una ancha y alta cortina de espuma…

—¡Nos han disparado con un mortero o algo así! —gritó Dan Enstam—. ¡Y parece que vuelven a por nosotros!

La lancha, en efecto, había enfilado de nuevo hacia el muelle. Por encima de ella apareció una leve nubecilla de humo…, y al instante, la granada disparada estalló frente al yate, a menos de cinco metros, alzando una de agua y expandiendo el rojo resplandor, mientras el estampido hacía vibrar de nuevo el yate… La lancha era tan veloz que parecían tenerla ya encima. Cierto, la noche había llegado, pero en el muelle había suficiente iluminación para que todos pudieran ver a la perfección ahora a los atacantes.

Parecía que sólo había tres hombres en la lancha, uno a los mandos y dos utilizando el mortero… Y todos llevaban una capucha que ocultaba completamente su cabeza.

Pudieron ver esto mientras la lancha viraba de nuevo, para alejarse a fin de preparar el siguiente disparo… Uno de los israelitas apuntó hacia la lancha, y disparó. Los otros dos y Simón-Palermo lo imitaron rápidamente. Los fogonazos de sus amortiguados disparos eran como bonitas flores rojas en la noche.

Y más allá, a unos cincuenta metros, uno de los hombres que iban en la popa con el mortero, alzó los brazos, dio un salto, y desapareció hacia las aguas, espumeantes debido al paso de la hélice…

—¡Le hemos dado a uno! —gritó Simón.

—Será mejor que salgamos todos del yate antes de que los otros vuelvan —dijo Brigitte—: si aciertan con una granada, todos volaremos en pedazos.

Ni siquiera se había molestado en disparar, pues su pistolita perdía eficacia a más de treinta metros, a menos que fuese un disparo de salón.

Y aquello, ciertamente, no era un juego de salón. Dan Enstam, que parecía no llevar arma alguna, corría junto a ella hacia la pasarela que los conduciría al muelle, pero se detuvo al oír la voz de uno de sus hombres, y volvió la cabeza…

—¡Se van! —gritó—. ¡Ya no atacan!

Brigitte se volvió a mirar, y, en efecto, vio cómo la lancha se alejaba cada vez más mar adentro, dejando una amplia raya de blanca espuma.

—No parece que vayan a volver —dijo—… Seguramente, al eliminar a uno de ellos les hemos dificultado el uso del mortero. O quizás haya otro que esté herido. Le sugiero que zarpe inmediatamente, Enstam. Y tendremos que recurrir de nuevo a nuestros colegas del SID para que nos libren de molestias…

—Nosotros mismos podríamos librarnos de toda molestia si fuésemos a eliminar a ese palestino —gruñó Enstam.

—¿Cree que es él quien ha ordenado este ataque?

—¿Quién si no? Dígame…

Simón-Palermo se reunió con ellos a toda prisa, señalando hacia mar abierto.

—El hombre al que hemos alcanzado a balazos está flotando. Quizá sólo esté herido, y podamos sacarle alguna información.

Los ojos de Enstam relucieron.

—¡Vamos a por él! —exclamó.

Brigitte vaciló, pero, además de la posibilidad que significaba un prisionero, había demasiada gente en aquella parte del muelle, señalando hacia ellos. De modo que le pareció mucho más discreto alejarse de allí en principio con el yate. Éste se puso en marcha en menos de un minuto. Mientras tanto, Simón-Palermo utilizó la radio para ordenar a dos de sus compañeros que contactasen con los hombres del SID (que por otra parte quizás estaban allí mismo observando, esperando instrucciones) y se hicieran cargo de las explicaciones con la Policía… Uno de los israelitas había quedado ya en calzoncillos, y en cuanto estuvieron cerca del hombre que flotaba boca abajo, de modo que sólo se veía su espalda y parte de cabeza, se lanzó al agua, mientras sus compañeros preparaban unos cabos para amarrar el cadáver y subirlo a bordo.

Desde la borda, Brigitte comentó:

—Ese hombre está muerto.

—¿Cómo lo sabe? —Gruñó Enstam.

—Sólo los muertos flotan así. O está muerto… o a punto de morir.

El israelita que había saltado al agua anudó la cuerda por los sobacos del hombre, y desde el yate comenzaron a izarlo… Todavía llevaba puesta la capucha. Cuando el cuerpo se separó del agua, por los pies comenzó a chorrear, como si todo el cuerpo fuese una esponja.

Finalmente, el hombre fue depositado en cubierta. El agua había lavado la sangre de las tres heridas que se veían en su pecho, y que ahora parecían destilar tímidamente como una salsita rosada… Uno de los que habían tirado del cuerpo, y que enseguida había puesto dos dedos en un lado del cuello del hombre, dijo:

—Está muerto.

Otro israelita le quitó la capucha al cadáver. La cabeza se movió, los cabellos quedaron formando una extraña brocha puntiaguda, cómica… Nada más ver el rostro del hombre, Brigitte miró a Dan Enstam, que estaba lívido.

—Es Goepper —murmuró Simón—… ¡Es Rubén Goepper, uno

de sus compañeros desaparecidos, Enstam! Uno de los que salen en la película que…

—¡Ya sé que es Goepper, y dónde sale! —gritó de pronto el israelita—. ¡Váyase a la mierda!

Los israelitas que estaban a bordo se veían pálidos, demudados: acababan de matar a un compañero del Shin Beth, eso era todo. Ni más… ni menos. Simón ni siquiera pareció molestarse por el exabrupto de Enstam. Se limitó a preguntar, como para sí mismo:

—¿Quiénes debían de ser los otros dos…?

—Tenemos que volver a tierra —exclamó de pronto Brigitte—. ¡Usted y yo tenemos que volver inmediatamente al coche, Simón!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Llévennos a tierra —se dirigió Brigitte a los israelitas—. ¡Deprisa! Será suficiente que pasen cerca de cualquier otra embarcación anclada a la que podamos saltar, y desde allí pasaremos al muelle. ¡Por favor, deprisa!

—Pero… ¿qué pasa? —insistió Simón, alarmado.

—Sólo espero —lo miró Brigitte— que nuestro compañero haya tenido tanta suerte como nosotros, Simón.

—La película —jadeó el espía—… ¡Quieren apoderarse de la película, o destruirla sea como sea…! ¡Y saben que la tenemos nosotros, que…!

No dijo nada más. Se quedó callado, súbitamente sombrío. El yate maniobró, y se dirigió hacia el muelle. Pasó cerca de otra embarcación, a la que saltaron Brigitte y Simón, sin empacho alguno, pese a que había gente en la cubierta, atraídos, como los del muelle, por las explosiones y la refriega… Nadie acertó a reaccionar en el yate que Brigitte y Simón eligieron para utilizar como puente para saltar a tierra firme.

Y poco después, los dos espías circulaban a toda la velocidad posible en dirección a la salida de Palermo que los conduciría al aeródromo.

—¿Iba solo Simón? —preguntó Brigitte de pronto.

—No. Iba con otro compañero.

—Bueno, menos mal. Al menos son dos… —Sacó la radio y la accionó—. ¿Simón? ¡Simón en ruta hacia el aeródromo, conteste!

—Sí —sonó la voz en la radio—… Diga, Baby.

—¡Tengan mucho cuidado, pueden ser atacados de un momento

a otro…!

—¡Baby! —Sonó de pronto una voz diferente de hombre en la radio—. ¡Iba a llamarla ahora mismo! Soy el que dirige la vigilancia alrededor de la villa de Ephraim… ¡Acabamos de ver un coche que está rondando por aquí, con las luces apagadas, y no nos gusta nada!

—¿Sabe si los ocupantes de ese coche los han visto a ustedes? —exclamó Brigitte.

—Me parece que no. Parece que están maniobrando para ir acercándose a la villa… Son muy cautelosos.

—¡Ustedes tienen que serlo más! Permanezcan escondidos, y no se les ocurra disparar contra los ocupantes de ese coche a menos que pretendan entrar en la villa. ¡Y en todo caso, salvo peligro de muerte para ustedes, procuren no tirar a matar! Simón, Simón-Aeródromo: ¿me está usted oyendo?

—Sí, sí.

—Deténganse. Estén donde estén, deténganse, tienen que esperarnos a Simón-Palermo y a mí: presiento que les espera una emboscada… ¡Deténganse estén donde estén, y miren bien a su alrededor!

—*Okay*. Pero no parece que haya nada peligroso por…

—¡Hagan lo que les digo!

—Sí, sí, de acuerdo… Ya estamos esperándola a usted.

—Bien. Simón: ¿siguen viendo ese coche que ronda la villa?

—Ahora se ha alejado un poco. Pero ya lo ha hecho antes… La impresión que da es de que están buscando alguna dirección de un lugar que no conocen muy bien…

—Nada de eso. Se están asegurando de que no hay peligro en acercarse a la villa. ¡No hagan nada, si es posible! ¡Recuerden lo que les he dicho!

—No se preocupe.

Brigitte cerró la radio, y lanzó un fuerte suspiro. Simón la miró de reojo, movió la cabeza, y murmuró:

—Me pregunto cuántos deben de ser en total… Oficialmente, a nosotros nos desaparecieron dos hombres: James Dreiser y Scott Aiken. A los israelitas, si Enstam no nos ha mentido en eso, les desaparecieron tres: Langher, Blumberg y Goepper. Pero en esta operación de recuperación de la película intervienen muchos más

hombres. ¿Se da cuenta de lo que significa eso?

—Me doy perfecta cuenta, pues ya comenté eso: significa que además de esos cinco hombres, muchos otros, tanto nuestros como israelitas, estuvieron en esa maldita Maskubiyya torturando prisioneros palestinos… ¡Y todos temen ser ellos los que aparezcan en la película! No saben a cuáles de ellos los filmaron, así que todos temen ser ellos los interesados. Lo que a su vez, significa que, poco a poco, en estas semanas, se ha ido formando un grupo de agentes norteamericanos e israelitas que se han puesto de acuerdo para recuperar esa película sea como sea.

—Lo que a su vez —terminó Simón—, significa que, como ha ocurrido hace poco en el muelle, nos vamos a encontrar disparando contra compañeros nuestros, o contra israelitas, y que sólo sabremos quiénes son cuando los matemos y podamos quitarles esa capucha. ¡Esto es todo una asquerosa porquería! Maldita sea mi estampa… ¡Daría cualquier cosa por estar en las antípodas! Sí, me gustaría estar en la parte opuesta de este cochino mundo, aunque fuese a costa de estar cabeza abajo… Quizá viendo las cosas al revés no se verían tan mal como al derecho.

—Vamos, Simón, no diga tonterías —intentó sonreír Baby—: sabe muy bien que no estaría cabeza abajo aunque se fuese al hemisferio sur. Todos tocamos con los pies en el suelo, estemos donde estemos en el planeta Tierra.

—Lo sé. Pero de niño, cuando me dijeron qué eran las antípodas, siempre pensé que la gente del otro lado del mundo vivían cabeza abajo, al revés. ¡Y nunca conseguí explicarme, hasta que fui mayor, cómo era posible que no se cayeran al espacio!

—Seguramente, lo mismo deben de pensar de nosotros en las antípodas. En realidad, todo es según cómo se mira. Lo absurdo es pretender que sólo puede ser como lo miramos nosotros… ¡Ahí tiene el desvío!

A la derecha del cruce al que acababan de llegar estaba la indicación hacia el aeródromo. Simón giró hacia allí, y apenas dos minutos más tarde veían el coche detenido a la derecha de la carretera.

Simón lo señaló.

—Ése es nuestro coche. Ahí están.

—¿Simón? —llamó Brigitte de nuevo por la radio—. Simón-

Aeródromo: ¿nos están viendo?

—Sí. ¿Qué hacemos?

—Prosigan viaje hacia el aeródromo. Y no se descuiden. ¿Me está usted oyendo, Simón?

—Si se refiere ahora a mí, la oigo también —dijo el agente que dirigía el grupo de la villa de Sayed Ephraim—. Sin novedad: el coche en cuestión sigue dando vueltas…, pero acercándose cada vez más a la villa.

—Me reuniré con ustedes en cuanto determinado material esté camino de Roma. Procuren sostener la situación el máximo tiempo posible.

—*Okay*.

Brigitte cerró la radio, y dedicó toda su atención a la carretera. Un par de coches los habían adelantado hacía unos segundos. Desde el aeródromo llegaban vehículos que se cruzaban con ellos. El tráfico era considerable.

De pronto, Brigitte respingó, y quedó con los ojos muy abiertos. Simón la miró sobresaltado.

—¿Qué ocurre? —se interesó.

—Adelántelos —señaló Brigitte hacia delante—: quiero llegar al aeródromo antes que ellos.

Capítulo VII

Vieron llegar el coche en el que iban los dos agentes de la CIA, sin novedad alguna, y Simón-Palermo miró mosqueado a la rubia que, junto a él, se escondía tras la esquina del edificio.

—¿Cómo sabía usted que no les iban a atacar? —Gruñó.

Brigitte no contestó. Miró hacia donde ya habían visto, esperando, la avioneta que llevaría la película a Roma, y cuyo piloto aguardaba, todo preparado para despegar inmediatamente. El coche de los dos Simones se detuvo en el límite de aquella parte del campo, y los dos agentes de la CIA se apearon, mirando a todos lados con más que aceptable disimulo, pero evidentemente alertas. Comenzaron a caminar hacia la avioneta, un tanto separados, con la mano derecha metida en el bolsillo del pantalón. Quizás aparecían un tanto rígidos, tensos… Simón-Palermo miró a Brigitte cuando ésta le apretó suavemente en el brazo. Abrió la boca para preguntar, pero vio el gesto de ella señalando, y siguió la dirección que indicaba su dedito. Enseguida vio al hombre alto, de cabellos oscuros, bien vestido, que caminaba como convergiendo hacia los dos Simones. La luz del edificio del aeródromo daba de lado en el rostro de este hombre recién aparecido, pero, cuando lo movió con un gesto leve, y además recibió la de las farolas de la pista, Simón-Palermo sintió algo así como un puntapié en pleno vientre. Conocía a aquel hombre. Lo había visto en la película que Sayed Ephraim había facilitado a Baby.

Miró a ésta, con expresión tensa, y jadeó:

—Es… es Scott Aiken, nuestro compañero que…

—Sí. Uno de los torturadores. Ahora abordará a los otros dos, y querrá engañarlos. Usted no se mueva de aquí.

Sin dar tiempo a Simón-Palermo a reaccionar, Baby salió de su zona de ocultamiento, y caminó hacia los dos Simones y el hombre que convergía hacia ellos. Los dos Simones fueron los primeros en

verla, y entonces se detuvieron. Unos veinte pasos más allá, Scott Aiken se detuvo también, como alarmado. Giró la cabeza, vio a la rubia que caminaba hacia él, y, durante un par de segundos, permaneció inmóvil, como petrificado.

Brigitte, que continuaba caminando hacia él, le llamó ostensiblemente, con claro gesto, y de viva voz:

—Simón, venga. Confíe en mí, hablaremos de todo esto. Soy Baby, y arreglaremos…

—¡No! —gritó Scott Aiken—. ¡NOOOO…!

Dio media vuelta y echó a correr. Brigitte captó el movimiento de las manos de los otros dos Simones saliendo del bolsillo empuñando la pistola, y gritó a su vez:

—¡No! ¡No disparen!

Más atrás, Simón-Palermo, que estaba apuntando a Scott Aiken con su pistola, vaciló. Brigitte corría detrás de Aiken, aunque se veía claramente que iba a ser inútil. Simón-Palermo se apartó de la esquina, y echó a correr también en pos de Aiken, aunque todavía a mayor distancia de éste que Brigitte…

El coche apareció de pronto, invadiendo parte de la pista. Un coche oscuro, con la matrícula oculta por pegotes de barro. Reflejó las luces del aeródromo, de las pistas, de las farolas… Una de las ventanillas de atrás se abrió. Brigitte vio, por un instante, el brillo del arma, y, encima, la capucha que cubría la cabeza del hombre que la utilizaba…

¡Pack, pack, pack, pack…!, sonaron los disparos, como secos trallazos, dando una breve y sincopada tonalidad roja al coche… A menos de treinta metros, Scott Aiken había dejado de correr, detenido por las balas. Estaba gritando algo, pero no se le entendía. Daba grotescos saltos, se retorcía, parecía a punto de caer, recibía otro balazo, se erguía… Dejó de agitarse, de estremecerse, cuando ya no dispararon más contra él, y entonces cayó pesadamente, rebotando contra el duro suelo, y quedó cara al cielo…

—¡A las ruedas, Simón, a las ruedas! —estaba gritando Brigitte.

Y mientras gritaba, disparaba con su pistolita contra las ruedas del coche desde el cual habían disparado contra Scott Aiken. Lo mismo hizo enseguida Simón-Palermo, pero las ruedas del coche, que patinaban y arrancaban chispas del suelo no eran fáciles de alcanzar, en aquella fuga enloquecida, dando el coche bandazos de

un lado a otro, y a tal velocidad que en menos de cuatro segundos estuvo fuera del alcance de las pistolas de Simón-Palermo y de Brigitte.

Éstos, comprendiendo que el coche se les escapaba, se miraron.

—¡Vamos a nuestro coche! —gritó Simón—. ¡Quizá podamos alcanzarles! Brigitte movió negativamente la cabeza, y se volvió hacia donde había caído Scott Aiken, junto al cual estaban ya los dos Simones que portaban la película. Más allá, el piloto de la avioneta había saltado al suelo, y parecía no saber qué hacer. Y alrededor de estos personajes centrales, otras personas, unas asustadas y otras intrigadas, los contemplaban… El desconcierto era total.

Brigitte y Simón-Palermo llegaron corriendo junto al caído Scott Aiken, y se arrodillaron a su lado. Asombrosamente, Scott Aiken todavía tenía vida. Abría y cerraba la boca con gestos convulsos, y sus ojos parecían ir a saltar de las órbitas. Cuando vio a Brigitte, movió un brazo, y Brigitte se apresuró a coger la mano del moribundo, que apretó con terrible fuerza la suya…

—AAaaa… ¡AAaaaAAA! —jadeó Aiken—. ¡AaaaAAA…!

Su cabeza se ladeó bruscamente, como movida por un fortísimo resorte, y quedó de lado, con una mejilla casi tocando el suelo. Brigitte miró los ojos desorbitados, la boca crispada, el gesto de ansiedad, de angustia, de espanto… Alzó la cabeza de pronto.

—Llévenlo a la avioneta. Y que el piloto llame por radio a Roma, para que estén preparados para recibirlo allá, y hacerse cargo de él en todos los aspectos. ¡Vamos, muévanse! Simón, vaya a buscar el coche y venga a recogerme junto a la avioneta.

—Sí.

La gente se iba acercando, pero nadie se atrevía a intervenir. Nadie entendía nada de nada, y la decisión de aquellas personas que habían ocupado parte de una pista era total, no parecían preocupados por la presencia de curiosos…

Simón-Palermo llegó con el coche junto a la avioneta cuando ya dos carabineros habían corrido hacia allí, y estaban discutiendo con el piloto.

—Yo me entiendo con ellos —dijo Simón-Palermo—: dile a ella que la estoy esperando.

El piloto subió a la avioneta, y fue a donde los otros dos Simones

estaban colocando el cadáver de Scott Aiken en un asiento. Pasó el recado a Baby, que se limitó a asentir y buscó en las ropas de su compañero de la CIA desaparecido siete semanas antes…, y reaparecido en aquellas inquietantes circunstancias.

En las ropas del cadáver no encontró nada que fuese más interesante que una capucha negra con dos orificios para los ojos. No llevaba nada más encima. Ni documentación, ni dinero, ni cigarrillos… Nada. Ni siquiera pistola.

—¿Cómo podía pretender atacarnos o dominarnos sin armas? —musitó uno de los Simones.

—Parece que no quería lastimarles —susurró Baby—. En cambio, los otros han preferido matarlo a que lo capturásemos con vida y se viese obligado a decirnos quiénes son los demás, y dónde se reúnen, cuántos son, etcétera… Simón —miró al piloto—, diga a los de Roma que no se molesten en autopsias, pues ya sabemos de qué ha muerto, pero que examinen bien sus ropas, sus zapatos, todo lo que pueda darnos una pista sobre los lugares donde ha estado Aiken…

—¿Aiken? ¿Es Scott Aiken?

—Sí. Despegue inmediatamente. Ustedes dos vuelvan a su coche, y cuando Simón y yo nos marchemos, vengan detrás de nosotros. Vamos a ver si sacamos algo en claro con los hombres que están rondando la villa de Ephraim.

Cuando los tres saltaron de la avioneta, Simón-Palermo estaba ya convenciendo a los dos carabineros. La gente se iba acercando, formando ya un grupo demasiado numeroso… Los carabineros, a petición de Simón-Palermo se ocuparon de mantener alejada a la gente, pero el espía no parecía demasiado satisfecho.

—Tengo que quedarme con ellos hasta que llegue uno de nuestros amigos italianos a responder por nosotros, Baby. Tampoco van a permitir que la avioneta despegue hasta entonces.

—¿Pero puede usted resolver todo eso?

—Sí, sí. Sólo se trata de que la avioneta despegará con algunos minutos de retraso…, siempre y cuando localicemos enseguida a nuestro amigo italiano.

—Bien… No creo que mi presencia aquí resuelva nada, ¿verdad?

—Me temo que no.

—En ese caso, me voy a la villa de Ephraim. Iré en el coche de

nuestros compañeros. Simón…, tenga cuidado: todavía no podemos estar seguros de que no volverán por aquí los del coche.

—Demasiado complicado para ellos, con tanta gente. Vaya tranquila. Brigitte asintió, y se alejó con los dos agentes de la CIA hacia el coche que éstos habían utilizado para transportar la película de Sayed Ephraim al aeródromo.

Pocos minutos más tarde, cuando estaban ya muy arriba de la empinada carretera, cerca de Altofonte, sonó la radio. Brigitte admitió la llamada inmediatamente.

—¿Sí?

—¡Baby, han atacado de pronto, como si se hubieran vuelto locos! ¡Pero no un solo coche, sino dos! Un segundo coche recién llegado…

—Simón, tranquilícese. ¿Hemos tenido bajas?

—Nosotros, no. Pero hemos matado a uno de ellos. Brigitte aspiró profundamente.

—¿Saben quién es?

—No… No. Pero tiene una gran nariz.

—Una gran nariz… ¿Quiere decir que le parece que es israelita?

—Bueno, yo diría que sí…

—¿Iba encapuchado?

—Sí, en efecto.

—Bien. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Pues ha llegado otro coche, y en cuanto se ha reunido con el que ya estábamos vigilando, los dos vehículos se han dirigido hacia la casa, entrando en la villa por uno de los lados de las verjas, por la parte donde no hay muro ni nada… Nos han pillado tan de sorpresa por esa decisión tan repentina que si nos descuidamos unos segundos más habrían podido entrar en la casa…

—¿Pero no han entrado?

—No, no. Comprendimos que estaban decididos a todo, y nos pareció que debíamos… asustarlos, de modo que nos dejamos ver. Parece que no se habían dado cuenta de nuestra presencia, porque se sobresaltaron mucho, y corrieron de nuevo a los dos coches. Sin embargo, dos o tres de ellos comenzaron a disparar…, y no tuvimos más remedio que defendernos. En cuanto uno cayó, los demás dejaron de disparar se metieron en los coches, y salieron disparados. Uno de nuestros coches salió detrás de ellos, con tres

hombres. Los demás estamos en la villa.

—¿Quiere decir en la casa, con Sayed Ephraim?

—Sí. No parece que se haya asustado mucho.

—Estaré con ustedes dentro de unos minutos.

* * *

En el saloncito, la agente Baby encontró a Sayed Ephraim, al joven Kafar, y a dos agentes de la CIA, uno de los cuales era el que ostentaba la jefatura del grupo que había protegido la casa del palestino. Afuera habían quedado los demás agentes de la CIA y dos de los hombres de Ephraim. Dentro de la casa, pero no en el saloncito, estaban los demás hombres del torturado personaje.

Brigitte no se anduvo con protocolos ni formalidades. Nada más entrar se plantó frente a Ephraim, que, desde su sillón, la contempló con cierta chispa irónica en su ojo.

—¿Se da cuenta de lo que usted ha organizado, Sayed? —exclamó la divina espía.

—¿Quiere decir que la culpa de todo lo que está ocurriendo la tengo yo? —preguntó a su vez Ephraim.

La espía frunció el ceño.

Luego, desvió la mirada, hacia el hombre que yacía en el suelo, de cara al techo. Tenía el pecho manchado de sangre. Sobre su vientre se veía una capucha, dejada allí de cualquier manera… Brigitte ni siquiera tuvo necesidad de inclinarse para reconocer al hombre muerto, pese a sus crispadas facciones, su gesto de furia, de angustia… Era David Blumberg, otro de los israelitas que aparecían en la película.

—Solamente queda Mose Langher —musitó.

—¿Qué? —Inquirid Ephraim.

—De los cinco que aparecen en su maldita película, sólo queda vivo Mose Langher. Hace poco, en el muelle, Rubén Goepper ha sido muerto a balazos por sus propios compañeros, al atacarnos. Y hace todavía menos, Scott Aiken ha sido eliminado por los de su propio grupo cuando temieron que pudiéramos capturarlo con vida.

—No pretenderá que me eche a llorar.

Brigitte apretó los labios. Pero enseguida, espetó:

—Si no hubiera sido por nosotros, usted ya estaría muerto,

Sayed… ¿Lo sabe?

—Ya le dije que eso no me preocupa. De todos modos, gracias —encogió los hombros.

—Hay una cosa que a mí sí me preocupa: ¿qué habría pasado si hubiesen conseguido entrar en la casa esos hombres?

—Quizá me hubiesen matado, a mí y a los míos. Pero no habrían encontrado la película, como usted bien sabe, ya que una copia se la entregué a usted. Las demás copias habrían comenzado a ser distribuidas en primer lugar por toda Europa mañana por la mañana. Ha sido una estupidez, ese ataque.

Brigitte iba a añadir algo, pero en aquel momento comenzó a hablar el joven Kafar en su idioma, y, al mismo tiempo, la radio de la espía emitió un zumbido. Prescindiendo de la conversación entre Kafar y Sayed, que por otra parte no entendía, Baby se apresuró a atender la llamada.

—¿Sí?

—Soy Simón-Palermo: la avioneta acaba de despegar. Todo va bien. ¿Qué hago? ¿Me reúno con usted en la villa del palestino?

—Mmm… No. No, Simón: yo iré pronto a reunirme con usted en nuestro centro de operaciones en la ciudad.

—De acuerdo.

La espía cerró la radio, la deslizó en el bolsillo de su abrigo, y escuchó con el ceño fruncido el final de la rápida conversación entre Sayed y Kafar, que enseguida la miraron.

—¿Y bien? —inquirió Brigitte—. ¿Qué ocurre ahora?

—Kafar me estaba diciendo que, en efecto, ese ataque ha sido una estupidez, pero que podían habernos matado…, y que él no tiene grandes deseos de morir.

—Ya. ¿Y usted sí?

—A mí me da lo mismo. ¿Ya no nos tuteamos? —sonrió Sayed.

—No vale la pena. ¿Quiere que le deje unos cuantos hombres en la casa, por si…?

—No —endureció el gesto Ephraim—: no quiero a ninguno de ustedes en mi casa.

—Muy bien. Seguiremos protegiéndole desde el exterior, le guste o no le guste. Y no lo hago por su vida, sino por el acuerdo que tenemos. ¿Todavía puedo contar con ese plazo de veinticuatro horas?

—Ya no son veinticuatro —sonrió Ephraim.

Baby asintió, dio la vuelta, y salió del saloncito, conversando con el Simón a cuyo cargo estaba la vigilancia de protección en la villa del palestino:

—Empaqueten ese cadáver y háganse cargo de él hasta que yo haga nuevo contacto con Enstam y me diga qué hacemos. Es de suponer que querrá hacerse cargo del asunto, para enviar a Blumberg a Israel.

—Entendido. ¿Sabe usted que ese tipo le ha mentido?

Estaban ya ante la puerta de la casa. Brigitte se detuvo, y miró expectante a su compañero.

—¿Me ha mentido? ¿En qué?

—Él y su hijo no han hablado de…

El desconcierto de Brigitte aumentó.

—¿Su hijo? ¿De qué está hablando?

—Bueno, el muchacho es hijo de Ephraim… ¿No lo sabía?

—No —Brigitte parpadeó—… Pero eso no significa que me haya mentido: simplemente, no han hecho mención de ello.

—Es que no me refería a eso al decir que le ha mentido; no han hablado lo que luego le ha dicho el viejo. Bueno, no se puede decir que domine a la perfección su idioma, pero sí lo suficiente para saber que han dicho otra cosa.

—¿Qué han dicho?

—El muchacho le ha dicho al otro que quizá debían marcharse ya de la casa, y el padre le ha contestado que todavía no podían hacerlo, pues quería que usted estuviese segura de que la película no está trucada.

—¿Y qué más?

—Nada más. Más o menos ha sido eso.

Brigitte estaba verdaderamente desconcertada.

—Pues no comprendo por qué ha tenido que mentirme en una cosa así… Es absurdo. ¿No estará usted equivocado, Simón?

—No.

Baby asintió, y señaló la puerta. Simón la abrió, salieron los dos, y tras un par de minutos dedicados a instrucciones complementarias, Brigitte y los dos Simones que la habían acompañado hasta allí se fueron en el coche en el que habían llegado.

—Cuando me dejen en el apartamento, busquen a Enstam, y díganle lo de Blumberg. Es de suponer que querrá hacerse cargo enseguida del cadáver. En ese caso, ustedes vuelvan aquí, para recogerlo y llevárselo a donde él les diga.

—¿No le decimos dónde está la villa?

—Ya se enterará…, si es que no lo sabe ya. A decir verdad, la protección la pongo en torno a la villa más por lo que se le pueda ocurrir hacer a Dan Enstam que a los otros. Porque, verdaderamente, ese ataque ha sido de lo más absurdo. Y el de la lancha también, ahora que lo pienso… La única acción con un mínimo de sentido ha sido la de Scott Aiken, acercándose a ustedes cuando llevaban la película. Pero el ataque al yate y a la casa, bien mirado, han sido absurdos. No parecía que fuese la táctica más adecuada para recuperar una película.

—Quizá sólo querían hundir el yate, y con él la película; y quizá querían incendiar la casa del palestino…

Simón calló, y Brigitte, que le había estado mirando con expresión no poco escéptica, no dijo nada más. El Simón que iba al volante del coche murmuró:

—¿Cree usted que todo esto puede ser una extraña jugada de Dan Enstam, Baby?

—Tan extraña que no tiene sentido. Han muerto ya tres israelitas en esto. Y la película existe.

—Sí, sí, eso sí… Yo me refiero a esos ataques. Quizá sean parte de alguna estratagema israelita.

—Es que no le encuentro sentido, Simón. ¿Qué me dice de lo de Scott Aiken, apareciendo en el aeródromo? ¿Debemos pensar que estaba de acuerdo con esa posible jugada de Dan Enstam?

—No sé. Pero de lo que sí estoy seguro, es de que Aiken quería decirle algo a usted, hizo tremendos esfuerzos por hablar…, y no creo que fuese para despedirse. ¿Lo recuerda?

—Sí —murmuró Baby Montfort—… Sí, lo recuerdo…

Capítulo VIII

Simón-Palermo, que había escuchado atentamente a Brigitte, movió la cabeza con gesto ambiguo.

—Bueno, no sé… En mi opinión, nuestros colegas israelitas son en ocasiones bastante fanáticos, pero casi siempre hacen cosas con sentido. Y esos ataques en los que mueren agentes suyos no me parece que tengan mucho sentido. Esas cosas, que yo sepa, sólo las han hecho los japoneses…, y ciertamente, lo hacían contra enemigos.

—¿Se refiere a los kamikaze? —Lo miró vivamente Brigitte.

—Claro: aquellos pilotos suicidas, aquellos chiflados que se subían a un avión cargado de bombas y se lanzaban contra nuestros barcos en el Pacífico… Auténticos fanáticos. Pero no creo que los israelitas lleguen a tales extremos, por muy extraños planes que puedan estar llevando a cabo. Por otra parte, no olvide que no sólo atacarían los israelitas, sino, según parece, también algunos de los nuestros, de esos que estuvieron alguna vez en Jerusalén y pudieron dedicarse a torturar palestinos o árabes en general.

Brigitte asintió, apagó el cigarrillo en el cenicero, y se pasó las manos por la cara. Estaba cansada. Y no entendía bien las cosas, lo cual no era frecuente en ella. Esto aún la fatigaba más, la desconcertaba, incluso la irritaba.

Debían de ser cerca de las once de la noche. Habían cenado ya hacía más de dos horas, habían tomado café y hasta *whisky*, habían conversado…

Mientras tanto, la radio instalada en el apartamento había permanecido inactiva. Ni siquiera tenían noticias de los hombres de la CIA que habían partido en un coche en persecución de los dos coches que habían atacado la villa de Sayed Ephraim. Sí sabían, en cambio, que los dos Simones habían localizado de nuevo el yate de Enstam, el cual había aceptado inmediatamente hacerse cargo del

cadáver de David Blumberg…

—¿Por qué no descansa unas horas? —sonrió Simón—. No tiene objeto que permanezca despierta. Si ocurre algo, la despertaré. Váyase un rato a la cama, créame.

—Tiene razón… Pero dormiré aquí mismo, en el sofá.

—Estará más cómoda en la cama.

La espía movió negativamente la cabeza, hizo un gesto simpático a Simón, y se tendió en el sofá. Cerró los ojos. Simón-Palermo se quedó contemplándola, sonriente, cuando de pronto, ella se sentó de nuevo, y procedió a quitarse las lentillas de color verde, que dejó cuidadosamente en la mesita, junto al cenicero.

—Me gustan más azules que verdes —señaló Simón los ojos de la espía.

—A mí también. Pero los espías mentimos siempre…, incluso en cosas que nos perjudiquen, como esto de aparecer con unos ojos más feos que los nuestros auténticos; sólo es necesario que una cosa nos convenga para nuestros retorcidos propósitos, y pasamos por todo. No somos muy listos, ¿verdad?

—Usted está preciosa de todos modos —rió Simón.

Baby sonrió, y volvió a tenderse en el sofá, boca arriba; colocó las manos sobre el vientre, y cerró los ojos. De nuevo se quedó mirándola Simón-Palermo. Era tan hermosa… Durante un par de minutos, como fascinado, el agente de la CIA estuvo examinando el rostro de aquella extraordinaria mujer, rasgo a rasgo, detenidamente: la dulce curva de los sonrosados labios, el hoyuelo vertical en la firme barbilla, las orejitas, la recta nariz, la delicada línea de la garganta… Era una belleza tan delicada que, con más motivo que nunca, el espía profesional pensó en cómo era posible que una mujer, una mujer como aquélla precisamente, pudiera haber sobrevivido a tantos años de espionaje; y no sólo sobrevivido, sino convertido en la reina mundial indiscutible de la profesión más peligrosa jamás inventada…

De pronto, los grandes ojos azules se abrieron, y Simón se sobresaltó un poco, pues no le habría gustado que ella se diese cuenta de la impertinencia de su mirada. Pero no. Baby no se dio cuenta. Había abierto los ojos de pronto, aunque sin brusquedad, sin más gestos, y ahora miraba fijamente al techo… Posiblemente, Simón fue el único hombre en el mundo (aparte de Número Uno)

que asistió a todo un proceso facial que expresaba la actividad mental de Brigitte Baby Montfort. Vio la fijeza de aquellas inteligentes pupilas, el leve fruncimiento de las cejas, la leve presión de los labios en un gesto duro, un parpadeo más lento, un nuevo apretón de labios, dos parpadeos… La luz pareció ir enfriándose en las pupilas de Baby. Era un proceso de tal expresividad que el agente de la CIA estaba como hipnotizado.

—La película —susurró de pronto Brigitte.

—¿Qué? —susurró también Simón-Palermo.

—La película —ella continuaba mirando al techo—… La película y Saúl Furgler.

—No comprendo…

Brigitte se sentó, y se quedó mirando a su compañero.

—La película y Saúl Furgler —dijo de nuevo—… ¿Usted cree que Saúl Furgler viajó desde Tel Aviv a Palermo sin haber visto la película en privado?

—Eso es absurdo. ¡Claro que tuvo que verla, en privado o no en privado!

—Entonces, ¿cómo pudo ser tan estúpido de dejarse engañar por nuestro compañero James Dreiser?

—¿Qué?

—James Dreiser aparece en esa película. Si damos por sentado que Saúl Furgler la vio, tuvo que reconocer inmediatamente a Dreiser como uno de los personajes más importantes de ese pequeño filme… ¿Debemos pensar que Saúl Furgler era un pobre cretino, un tonto completo, un desdichado mental? Yo creo que no. Sin embargo, se dejó engañar por Dreiser, fue con él a la lancha *Pompeia*… ¿No pensó en ningún momento que Dreiser, uno de los hombres que se denunciaban en la película, podía querer recuperar ésta? ¿No tuvo temor alguno? ¿No desconfió de Dreiser?

—Quizá pensó que era él mismo quien le había pedido que la consiguiera en Tel Aviv…

—No. ¿Habría hecho eso usted? Póngase en lugar de James Dreiser, o de Blumberg, o de cualquier otro de los que aparecen en la película… ¿Habría utilizado usted a Furgler, un intermediario…, o habría organizado el grupo de búsqueda en la propia Tel Aviv, asegurándose de que allí no quedaban copias de la película… ni nadie que la hubiese visto?

—¿Adónde quiere ir a parar?

—¿Recuerda que esta tarde hablamos de las antípodas, ese lugar del globo terráqueo diametralmente opuesto al en que estamos en este momento? Bromeamos sobre que los habitantes de las antípodas deberían estar cabeza abajo… ¿Lo recuerda?

—Claro.

—¿No le dice nada eso?

—Pues…

—¿Las cosas son como son o como las vemos?

—Bueno, las cosas son como son, pero… nosotros podemos verlas de muchos modos, supongo.

—¡Exacto! Supongamos que ahora mismo, tal como estamos, los dos vestidos, yo le pido a usted que me haga el amor, que me posea… Me tumbo en la alfombra, me subo la ropa, y usted, tal como está, se aposenta sobre mi cuerpo, me posee… Mi placer es tal que agito la cabeza, me agarro con las manos a su cuello, o a sus cabellos, o las clavo en su espalda…, agito las piernas, me convierto en un torbellino… En este momento, desde el techo, alguien obtiene una fotografía de la escena… ¿Qué puede pensar?

—Quizá pensase… que yo la estaba violando.

—Eso es. Pero ahora vamos a presentar la escena al revés. Usted me ha secuestrado, me ha llevado a una habitación, y me ha dicho que si no soy complaciente con usted, me arrancará los ojos, o cualquier otra barbaridad. Como yo deseo conservar mis ojos, hago lo que usted me dice: me desnudo, lo beso, lo acojo en mi sexo, sonrío dulcemente, parezco la más feliz de las mujeres…, mientras en el fondo de mi corazón lo estoy odiando a muerte. Sin embargo, ¿qué pensaría una persona que viese una fotografía así?

—Supongo que pensaría… que usted me amaba y que estaba gozando de ese amor.

—¡Exacto otra vez! ¿Comprende?

—Pues… no. No.

—¿No? Y todo ese fanatismo, esos absurdos… ¡Dios mío, es todo tan horrible que me considero a mí misma un monstruo sólo por haber podido pensarlo!

—Pero… ¿a qué se refiere? ¡No entiendo nada!

—Y sin embargo, lo de la celda… ¡Es todo tan auténtico! ¿Cómo pudo filmar una cosa así?

—¿Quiere decir que la película es falsa?

—No, no. Es auténtica. No vale la pena que esperemos el informe de Roma: sé que dirán que todo es auténtico. Todo. Pero… ¿cómo pudo Ephraim disponer de esa celda para la filmación? Estoy hablando de esa celda especial para castigos en la Maskubiyya… Es la auténtica, porque Enstam no abrió la boca cuando vio las escenas, todo el entorno… La celda es auténtica, los personajes son auténticos… ¿Cómo pudo Sayed Ephraim disponer de esa celda para filmar la película falsa?

—¿La película falsa? ¡Pero acaba de decir que es auténtica!

—Es auténticamente falsa. Pero no comprendo…

—¡Quien no comprende nada soy yo! —Casi gritó Simón—. ¡Dígame de una vez de qué está hablando!

—No me creería —movió la cabeza Brigitte—… ¡Y a decir verdad, ni yo misma creo lo que estoy pensando! La celda es lo que no acaba de encajar, la celda, la celda… ¡La celda!

Brigitte se puso en pie de un salto, y Simón la imitó, sobresaltado.

—¿Qué pasa? —aulló.

—¡Venga conmigo! ¡Tenemos que volver inmediatamente a la villa de Sayed Ephraim!

* * *

Hacía un ligero vientecillo que resultaba frío, pero que servía para que el cielo estuviese completamente despejado, visibles millones de estrellas, y la ya fugitiva luna creciente, que se reflejaba en el mar, más lejos de las luces de Palermo…

Arrebujada en su abrigo, Brigitte vio llegar de regreso al primero de los agentes de la CIA que había cumplido sus órdenes. No dijo nada. En total, habían sido doce los hombres utilizados para aquella pequeña operación, es decir, casi todos los que vigilaban la villa de Ephraim. Exactamente tantos hombres como ampollas de gas narcótico había llevado la agente Baby en su maletín rojo con florecillas azules estampadas. Cada hombre, una pequeña ampolla de gas narcótico.

Junto a Brigitte, Simón-Palermo esperaba, hosco el gesto, todavía aterrado, estremecido por las teorías que la espía

internacional le había expuesto durante el trayecto desde Palermo a Altofonte…

Por fin, regresaron dos hombres juntos: el jefe del grupo, y el último en cumplir las órdenes de Brigitte.

—Bien —dijo el primero—, creo que ya estamos todos.

—Sí, ustedes son los últimos —asintió Brigitte.

—Yo terminé hace unos minutos, pero he estado esperando al último. Orden cumplida: diez ampollas de gas narcótico lanzadas al interior de la casa, y una a cada hombre que vigilaba en el exterior. Lo seguro es que los del exterior se han dormido como leños…, pero no sabemos qué ha podido pasar dentro de la casa.

—De acuerdo a la lógica, todos estarán dormidos —aseguró Brigitte—. De modo que vamos allá. Pero no todos; quiero que quede un cinturón de seguridad en torno a la villa, todavía. Usted, cinco hombres más, y Simón-Palermo, entrarán conmigo. Los demás, continúen vigilando como hasta ahora. Vamos allá.

Se acercaron a la casa. Cerca de ésta, encontraron dormido a uno de los árabes, y poco más allá, a otro. Brigitte ordenó que fuesen cargados e introducidos en la casa…, y dejados junto a los otros dos, también dormidos, que encontraron en el vestíbulo.

—¿Los amarramos? —preguntó uno de los espías.

—No es necesario. Dormirán dos horas como mínimo, y para entonces, todo deberá estar solucionado. Comiencen a buscar por toda la planta baja. Simón, usted suba conmigo.

Simón-Palermo asintió, y se dirigió en pos de la espía, escaleras arriba. El silencio era total.

Arriba, en el amplio pasillo del piso alto, encontraron a otro árabe, tendido en el suelo, profundamente dormido.

—Es un gas muy volátil, muy rápido —sonrió Baby—, pero muy eficaz, de gran dispersión. Y no hay más que un truco para librarse de sus efectos: no aspirarlo. Si consigue contener su respiración durante un mínimo de diez segundos, cosa muy fácil, se libra de quedar dormidito.

—Sí, pero hace falta saber que uno debe abstenerse de respirar esos diez segundos —masculló Simón.

—Desde luego. Empecemos a mirar dormitorios. Aunque no creo que aquí encontremos nada, salvo gente durmiendo. Lo que buscamos, lógicamente debe de estar abajo…, si es que está en esta

casa. Supongo que todo le parece demasiado fantástico, ¿verdad, Simón?

—Sí. Pero no dejo de pensar que usted es Baby, y que, entre las muchas cosas que he oído decir de usted, nunca he oído decir que estuviese loca.

—Quizá lo esté en esta ocasión. Busquemos.

Brigitte Baby Montfort tuvo razón. Arriba, en el piso destinado a dormitorios, sólo encontraron hombres durmiendo. Aparte del que había quedado en el pasillo, había tres árabes más, dos en un dormitorio, y otro en el siguiente; el joven Kafar dormía solo en otro cuarto, y Brigitte estuvo mirándolo unos segundos, medio destapado, confiado, sano, fuerte, hermoso… Bien, ¿acaso no podía haber sido también sano y hermoso Sayed Ephraim… antes de caer en manos de los israelitas?

Pero ya no lo era.

Yacía en una amplia cama, más cuidadosamente abrigado que el joven Kafar. Estaba horrendo. Sobre la mesita se veía su ojo y su dentadura postiza, en sendos vasos. Luego, la peluca, la barba con el bigote… Simón-Palermo se estremeció contemplando aquella grotesca representación de ser humano, y Baby, que se dio cuenta, lo miró y murmuró:

—Hace tiempo no era así, Simón.

—Lo sé… Lo sé. Pero sea como sea y fuese por lo que fuese, es horrible. Y si usted tiene aunque sólo sea una décima parte de acierto en lo que me ha dicho, este hombre es más horrendo todavía por dentro que por fuera. Y eso no es fácil de provocar.

Brigitte no tuvo más remedio que asentir.

—Quizá tenga razón: para hacer según qué cosas, hay que ser malvado de natural. Hay personas que, por mucho mal que reciban, jamás podrán ser tan malvadas como sus verdugos. En cambio, hay otras que son malvadas sin más, sin motivos ni causas conocidas.

—¿Y por qué será eso? —Se estremeció de nuevo Simón, contemplando todavía al dormido Ephraim—. ¿Por qué en unos seres todo es bondad y en otros todo es maldad?

—¡Ah, si yo supiese eso, Simón…! Si sólo fuese necesario estudiar para llegar a saberlo, ¡qué fácil sería luego eliminar la maldad!

—Yo creo que eso no es posible. La maldad, como las verrugas o

las deformaciones, es congénita. Y eso es lo que no comprendo: ¿por qué unos seres son buenos y otros son monstruosamente malos? Yo he matado a tres hombres en toda mi vida… Pero no me considero malo. Me considero… un canalla, si usted quiere. Quizás, incluso cruel, si es que no se quiere tener en cuenta que tenía que defender mi propia vida. Pero no soy malvado…, o no creo serlo.

—De acuerdo —torció una sonrisa Brigitte—. Recuerde: todo es según el punto de vista con que…

Se volvió vivamente hacia la puerta. Dos segundos más tarde, Simón oyó las rápidas pisadas en las escaleras, y casi enseguida, un agente apareció en el pasillo, mirando a derecha e izquierda… Salieron a su encuentro. Era imposible no darse cuenta del sobresalto de su compañero, que miraba a Brigitte con gesto tenso.

—Adivine qué hemos encontrado —jadeó.

—Un sótano —susurró Baby.

—¿Un sótano? No, no… ¡Venga conmigo! Y en lo que a mí respecta, soy partidario de abandonar cuanto antes este volcán. ¡Puede estallar de un momento a otro!

Ni Brigitte ni Simón-Palermo preguntaron nada. Y pocos segundos después, dentro de un mueble de una pequeña dependencia de la planta baja vieron la enorme carga explosiva, junto a la cual, otros dos agentes de la CIA permanecían expectantes, inquietos.

—Hay suficiente para volar toda esta casa —murmuró Simón.

—Pues no es la única carga —dijo otro agente—… Acabamos de encontrar dos más. Vean las conexiones… Los hilos comunican esta carga con las otras dos, y éstas, a su vez, están comunicadas con otras, que los demás están rastreando. Quizás haya ocho o diez, no sé. Estamos buscando el mecanismo de detonación, pero no lo hemos encontrado todavía.

—Eso es lo que hay que encontrar… Y supongo que no hace falta que les diga que no toquen ni una sola carga hasta que encontremos el detonador central.

—Ese tipo está loco —masculló uno de los Simones—… ¡Hay explosivo suficiente aquí para volar un portaaviones!

—Por eso no le preocupaba que le atacasen. En caso necesario, estaba dispuesto a sacrificarse, a conectar la carga central y volar con todos los que estuviesen dentro de la casa… Aunque… quizá no

con todos. Incluso las bestias aman a sus hijos. Sí, incluso las bestias… No olvidemos eso. Bien, sigamos buscando. Y les diré lo que vamos a encontrar, aunque nos lleve el resto de la noche: un sótano, y una salida secreta de esta casa. Sigamos buscando.

La búsqueda no les llevó toda la noche: apenas veinte minutos más, aunque había que admitir que fue posible encontrar el sótano precisamente rastreando los hilos que iban conectando carga explosiva tras carga explosiva. En determinado momento, los hilos desaparecían en una pared, y parecían perderse de un modo definitivo. Pero la pared fue demolida cuidadosa y meticulosamente con cuchillos, tenedores y un hacha encontrada en la cocina, y los hilos pudieron ser seguidos hasta el suelo. Allí, volvían a desaparecer.

—Tenemos que estar sobre el sótano —aseguró Brigitte, con inquebrantable confianza en sí misma—. No hemos mirado bien: ¡estoy segura de que estamos sobre el sótano! Muevan todos los muebles. ¡Pero con cuidado, no sea que haya más conducción de conexiones!

Los muebles fueron movidos. Todos, menos uno, adosado a la pared. Ni siquiera la fuerza de dos hombres pudo desplazarlo un solo milímetro. Era un enorme arcón, pero no justificaba que dos hombres jóvenes y fuertes no pudiesen moverlo. Se concentraron todos en aquel mueble, y otros dos hombres ayudaron a los primeros. Nada. Imposible. Otros dos hombres más comenzaron a colaborar, empujando, pero era inútil…

—Lo estamos haciendo al revés —dijo de pronto Baby—: no lo desplacen… Simplemente, levántenlo. Y estoy segura de que bastarán dos de ustedes.

Dos hombres se colocaron adecuadamente, agarraron el mueble, tiraron hacia arriba…, y el mueble se alzó, con una parte del piso adherido a sus patas.

Hubo exclamaciones, y el mueble fue apartado, y depositado unos metros más allá, dejando expedito el oscuro rectángulo vacío.

Justo en aquel momento, se oyó el zumbido de llamada en varias radios.

Brigitte hizo un gesto, y atendió personalmente la llamada.

—¿Sí?

—¿Baby?

—Sí.

—Hemos seguido a los tipos que atacaron la villa de Sayed Ephraim. No ha sido fácil, pero lo hemos conseguido. Dejaron los coches en determinado momento, y siguieron a pie. Como creíamos que eran de la CIA y del Shin Beth, no les atacamos, claro. Nos limitamos a seguirlos, a ver adónde iban. Están ahora en una casa de campo, a poca distancia de la localidad de Corleone. Bueno, se quitaron la capucha cuando creyeron que nadie los veía, y… ¡No se lo va a creer!

—¿No eran israelitas ni de los nuestros? —preguntó Baby—. ¿Son árabes, quizá?

Se oyó la fortísima exclamación del comunicante. Y luego:

—¿¡Cómo ha podido saberlo!? ¡Desde luego que son árabes, pero no comprendo cómo usted ha podido…!

—Simón: no hagan nada. Simplemente, vigilen a esos hombres, no pierdan de vista esa casa. Más tarde me comunicaré con ustedes para darles nuevas instrucciones. ¿Comprendido?

—Sí, sí. Pero ¿cómo ha podido usted saber…?

Brigitte cenó la radio, y señaló hacia el hueco.

—Bajemos con cuidado. No quisiera que alguien tropezase con un hilo y saltásemos todos en pedazos.

—¿En pedazos? —masculló Simón—. ¡Quedaríamos convertidos en mermelada de carne!

No había conducto eléctrico en los escalones, ni hilo visible alguno. Sólo vieron los hilos cuando encontraron un interruptor y lo accionaron. En el techo había una bombilla, simplemente. A la derecha de ellos, una puerta de madera, que fue abierta sin dificultad. Apareció un largo pasillo, oscuro, que se perdía en un silencio terrible…, y por el que llegaba un chorro de aire frío.

—Por ahí se sale al exterior —señaló Brigitte; luego, señaló los hilos que se veían en la pared—…, pero eso sería después de haber activado todo el conjunto de cargas explosivas.

Se quedaron mirando todos sombríamente la instalación de la pared, a la que llegaban los hilos que habían visto desaparecer arriba. Una simple palanca haría el contacto, tan sólo con bajarla. Si alguien hacía esto, no quedaría ni rastro de la casa.

—Creo que yo puedo… —empezó uno de los Simones.

—No. No toque nada todavía. Ya la desconectará luego. Ahora,

lo que interesa, es ver lo que hay tras esa otra puerta. Cuidado al abrirla.

No hubo problemas, ni sobresaltos. La puerta fue abierta, y Brigitte entró en primer lugar, tras encender la luz allí dentro. Simón-Palermo entró tras ella, relucientes sus ojos de curiosidad… Un instante después, quedaba como clavado al suelo, y sus ojos giraron como enloquecidos, mirando a su alrededor.

—Dios mío… —jadeó.

Salvo que se hubiese vuelto loco, estaba viendo la celda especial para torturas de la Maskubiyya, la que aparecía en la película de Sayed Ephraim. O eso…, o, simplemente, aquella celda era un duplicado absolutamente idéntico de la auténtica.

Capítulo IX

Cuando Sayed Ephraim despertó, se quedó mirando con su único ojo a la agente Baby, que era quien estaba frente a él. Un poco más allá, con las manos atadas a la espalda, vio al joven Kafar. Junto a él, varios hombres, americanos, todos pistola en mano. Luego, hacia el fondo, vio a todos sus hombres, sentados en el suelo, apoyados con la espalda en la pared, y amarrados de pies y manos.

Pero no era sólo esto lo asombroso, sino que él se había dormido en su cama y acababa de despertar en su saloncito. Estaba sentado en un sillón…

—No —movió la cabeza Baby—, no está soñando, Sayed.

—Pero… ¿qué ha pasado? —farfulló Ephraim—. ¿Qué significa esto?

—Hemos encontrado las cargas explosivas y la celda. Pareció que el ojo del palestino fuese a saltar de su órbita.

—¡No! —gritó—. ¡NO!

—Sí. Y las cargas ya han sido desconectadas. Mire, Sayed, es evidente que usted pasó un mal trago en manos de los israelitas, pero no tanto como indica su aspecto. Su hijo ya ha confesado que no todo su… aspecto se debe a las torturas que padeció cuando estuvo en la Maskubiyya: también hay que tener en cuenta su accidente de aviación, ¿no le parece? Pero dejaremos eso… A fin de cuentas, también ustedes, los palestinos, han torturado a prisioneros israelitas. Y los rusos a los americanos, y los americanos a los rusos, y los alemanes a los rusos, y los rusos a los alemanes, y… De acuerdo. Ya sabemos todos que nos movemos en un mundo horrible. Demasiado horrible para que, encima, usted se haya «inventado» más cosas horribles. Me estoy refiriendo, claro está, a su película.

—¡Mi película es auténtica! —jadeó Ephraim—. ¡Todo lo que aparece en ella es auténtico, todo…!

—Desde luego que sí. Bien, ahora sabemos que Saúl Furgler no llegó a Palermo con ninguna película. Acudió aquí citado por algún colaborador de usted, engañado. Jamás había visto esa película…, y por eso no sospechó nada de Dreiser cuando éste se le acercó para iniciar el contacto. ¿Por qué no podía ser Dreiser quien le había citado en Palermo… ofreciéndole una magnífica información de espionaje que encumbraría al ambicioso Saúl Furgler? Ambicioso, pero no traidor a Israel: se le había ofrecido algo que podía beneficiar mucho a Israel y darle gloria personal a él. Así pues, vino a Palermo siguiendo todas las instrucciones recibidas. Entonces, usted, que lo tenía preparado todo, le envió a James Dreiser, para que lo llevase a la lancha *Pompeia*, robada por sus hombres aquel mismo día en Nápoles. Y Dreiser, siempre siguiendo instrucciones de usted, asesinó a Saúl Furgler.

Luego, sus amigos Halim y Zayed, asesinaron con unos disparos en la nuca a James Dreiser, y ya quedó montado todo el escenario, toda la pista que daría verosimilitud a su película, y a la procedencia de ésta: había sido traída de Israel por un agente israelita. ¡Bravo! Todo perfecto… Y a propósito de perfecciones: ¿quiere decirme quiénes son Halim y Zayed, los hombres que asesinaron a mi Simón-James Dreiser?

—¿Por qué quiere saberlo? —jadeó Ephraim—. ¿Para matarlos?

—¿Yo? No. Los va a matar usted mismo… Generalmente, no permito que nadie más que yo vengue a mis compañeros asesinados, pero en este caso especial, voy a servirme de usted. Le voy a dar una pistola con dos balas, usted se va a acercar a los asesinos Halim y Zayed, y les va a meter una bala en la cabeza a cada uno. ¿De acuerdo?

—No puede obligarme a hacer eso… ¡No puede!

—Ya lo creo que puedo. ¿Acaso usted no obligó a otras personas a hacer cosas que no querían? ¿Por qué cree que yo no puedo obligarle a usted?

—No la temo… ¡No va a conseguir asustarme! ¡Ya no temo a nada, y menos que a nada, a la muerte!

—Ya sé que no teme a la muerte. Ni a las torturas físicas. Sin embargo, no todos son tan… fuertes como usted, Sayed. Por ejemplo, estos cinco hombres: James Dreiser, Scott Aiken, Rubén Goepper, Mose Langher y David Blumberg. A estos cinco hombres,

seguramente, los conoció usted hace tiempo en Tel Aviv, o en Jerusalén… Como fuese, sabía cuándo habían estado ellos allí; como fuese, fueron seleccionados para actores de su película, por sus características o su trayectoria profesional. Eso no importa. Usted los seleccionó, y hace unas semanas, procedió a secuestrarlos, tras haberlo preparado todo muy bien. De este modo todos creerían que ellos, y otros agentes americanos e israelitas, tras esconderse, eran los que atacarían el yate de Dan Enstam, la avioneta, esta casa… Cuando no es así, no ha sido así, ya que todo eso lo han hecho hombres de usted, encapuchados…, y llevando cada grupo de ellos a uno de los prisioneros, a los que empujaban cuando les disparaban, a fin de que lo matasen, dejar allí su cadáver como prueba de convicción, y dar todavía más verosimilitud a todo este asunto, a su famosa película de… horror. Mientras que sus hombres llevaban bajo la ropa corriente alguna protección contra las balas, y por supuesto las capuchas también deben de ser de algún material adecuado, como fibra de titanio, los secuestrados iban a pecho descubierto, y sus capuchas eran de ropa corriente. Así, cada vez iban dejando un muerto que apoyaba toda la teoría que se ha montado sobre su película. Todo parecería obra de un grupo de israelitas y americanos que, tiempo atrás, se habían dedicado a torturar a prisioneros árabes, y que ahora temían ser todos y cada uno de ellos los que apareciesen en esa película… que Saúl Furgler jamás trajo desde Israel, sino que fue filmada íntegramente por usted en el sótano donde construyó un perfecto duplicado de la celda de la Maskubiyya en la que, seguramente, estuvo usted hace años…, y que jamás ha podido olvidar. ¿Cierto, Sayed?

—Nadie la creerá a usted… ¡Nadie!

—Me creerán. Dentro de poco, sus hombres, los que operan fuera de esta casa y que están en una casa de campo, serán detenidos por mis compañeros. ¿Cuántos prisioneros le quedan allí, Sayed? Por lo menos, uno: Mose Langher. Él dirá la verdad. Y también la dirá su hijo, nuestro simpático y hermoso Kafar… Los dos, y los hombres de usted que capturemos con vida, dirán la verdad: usted lo ideó todo, usted secuestró a agentes norteamericanos e israelitas sólo para hacer esa película, para convertirlos en… protagonistas. Pero también hay otros protagonistas: los prisioneros árabes que en la película son

torturados. Ahí no hay trampa: son torturas reales. Pero, del mismo modo que usted, bajo amenazas horribles, obligó a James Dreiser a matar a Saúl Furgler, obligó también a los demás, y al propio Dreiser, a hacer de actores de ese modo atroz… Está usted tan loco de odio, que capturó también a varios palestinos, a varios árabes, y los encerró en esa celda que tiene abajo, y, bajo amenaza de torturas a Dreiser y los demás, los obligó a torturar a los prisioneros, a golpearlos salvajemente, a cortarles las manos, a quemarles los testículos, a cortarles las orejas… ¡Dios mío! Ni siquiera puedo imaginarme el horror que debió de sentir James Dreiser, o cualquiera de los otros, cuando, para evitar ser torturados ellos mismos, tuvieron que torturar a los prisioneros árabes, sonriendo y riendo, para que usted filmase su película… Sólo a cambio de eso no serían ellos los torturados. Y lo hicieron. Dios sabe con cuánto horror y asco de sí mismos, pero lo hicieron… Actores amenazados con torturas si no torturaban ellos a los prisioneros árabes. Y usted allí filmando segundo a segundo aquellas horribles escenas que casi me hicieron vomitar… ¡Cielos, no es posible que exista en el mundo un bicho como usted!

Brigitte miraba a Ephraim con los ojos desorbitados, igual que los demás agentes de la CIA, uno de los cuales se volvió de pronto, y vomitó estruendosamente, saliendo acto seguido a todo correr de aquel lugar.

Baby se pasó una mano por la frente, que encontró sudorosa pero fría.

—Y todo eso, ¿para qué? —jadeó—. ¿Para qué exactamente?

—Jamás permitiré que se firme la paz entre los israelitas y los árabes… ¡Jamás! —El ojo de Ephraim lanzaba llamaradas de un odio estremecedor—. Y eso es lo que están tramando ahora entre unos y otros… ¡Tenía que *impedirlo*!

Durante unos segundos, la divina espía estuvo contemplando aquel rostro horrible, como alucinada. Por fin, suspiró.

—Ya no podrá impedirlo. No sé si el señor Carter conseguirá algo en El Cairo, o en Tel Aviv, pero, ciertamente, no será usted quien haya influido en lo que se decida estos días… Usted, Sayed, va a hacer ahora dos cosas. Una, tomará una pistola con dos balas, como he dicho antes, y… ejecutará a Halim y Zayed. Dos: hará lo necesario para que ninguna copia, esté donde esté, sea divulgada

por ningún medio en ningún lugar del mundo. Puede usted recuperarlas todas, ¿no es así?

—Sí —Sayed Ephraim sonrió—... ¡Pero no lo haré!

—¿No? Bueno, en ese caso, seré yo quien haga una interesante película... con su hijo.

—¿Qué? —jadeó el palestino, palideciendo.

—Le estoy diciendo que puestos a torturar palestinos, ya no viene de uno. Haremos una película de su hijo mientras lo vamos torturando de tal modo que cuando terminemos con él, usted será hermoso en comparación.

—No... Usted no hará eso... No puede hacerlo... ¡Usted no es capaz de hacer eso!

—De hacerlo, no. Pero puedo entregar a su hijo a Dan Enstam para que se entretenga con el muchacho. ¿Cree usted que el israelita Dan Enstam se atrevería a maltratar a su hijo, Sayed? Yo le diré lo que pasará con Kafar si se lo entrego a Enstam: antes de que usted tuviera siquiera tiempo de pensarlo, el muchacho estaría en Israel, en una celda como la que usted...

—¡No! ¡NO! ¡NNNOOOOOO...! ¡Mi hijo, no...! —Ephraim comenzó a llorar—. Mi hijo, no, no, no... ¡No le hagan a él lo mismo que a mí, no se lo hagan, por favor, no, no...! A él no, a él no, a él no...

—Sayed, o llegamos a un acuerdo total, o su hijo saldrá de aquí ahora mismo al encuentro de Dan Enstam. Aquí tiene una pistola con dos balas —se la entregó—... Puede utilizarla para ejecutar a Halim y Zayed... o para matar a su hijo y a usted mismo. Créame que eso no sería lo peor que podría ocurrirle al muchacho. ¿Y bien?

Sayed Ephraim se puso lentamente en pie, temblando todo su cuerpo; contemplarlo era algo espeluznante, inolvidable... Ninguno de los presentes olvidaría mientras viviera aquella imagen de un hombre de poco más de cuarenta años que parecía tener setenta o más, que le faltaba un ojo, que no tenía cabellos, ni dentadura... Ni olvidarían el gesto de resolución que hizo al limpiarse las lágrimas que brotaban de su ojo sano y del horrible hueco del ojo ausente...

Ni olvidarían con qué súbita firmeza caminó hacia los aterrorizados Halim y Zayed, para apuntar a sus frentes con la pistola, y disparar lenta y meticulosamente.

Plop, plop, sonaron los chasquidos de los disparos qué hicieron

saltar los sesos de los asesinos directos del agente de la CIA James Dreiser.

Este es el final

Ni siquiera había tenido ánimos para trasladarse a Villa Tartaruga cuando todo el asunto finalizó, de aquel modo tan discreto, tan oscuro, tan terrible, tan… de espionaje.

Las películas fueron recuperadas en su totalidad, y destruidas. Mose Langher, en efecto, fue recuperado con vida, sano, pero sólo de cuerpo; su mente necesitaría mucho tiempo de reposo y cuidados para volver a funcionar normalmente, y, desde luego, no era probable que volviese a las actividades del espionaje.

Dan Enstam, pese a todo, se mostró misericordioso: cuando tuvo todas las películas, después de que él y Brigitte las hubieron quemado, ofreció una alternativa a Sayed y Kafar Ephraim… ¿Qué preferían? ¿Ser conducidos prisioneros a Washington o Tel Aviv…, o una pistola con dos balas?

Ellos habían preferido la pistola…

No, Brigitte no había podido ir a reunirse con Número Uno en esta ocasión. Regresaba a casa. Regresaba una vez más, entristecida, aterrada, sombría…, pero regresaba. La suerte. Allá iba, surcando el cielo, el poderoso reactor recién despegado de la pista del aeropuerto parisino de Orly…

—Ya podemos fumar —oyó la amable voz—… ¿Quiere un cigarrillo?

Miró a su vecino de asiento, que acababa de desabrocharse el cinturón de seguridad y la miraba amablemente. Era un hombrecillo de aspecto simpático, menudo, gordito, con cara de niño glotón. Debía de tener quizá sesenta años, pero todavía parecía un niño…

—Sí, gracias —murmuró Brigitte, desabrochando su cinturón de seguridad.

—¿Es usted actriz?

—¡Qué ocurrencia! —Pareció divertida Brigitte—. ¿Por qué se le ha ocurrido eso?

—Bueno, es tan bonita… Casi tanto como mi hija —guiñó un ojo —… Ya sabe: nuestros hijos siempre son los mejores, los más hermosos, los más listos. Pero la verdad es que mi hija no es tan bonita como usted, ¿qué le vamos a hacer? Sin embargo, tiene tres hijos que son una maravilla… Voy a Nueva York precisamente a verlos a ellos… ¿Le gustan a usted los niños?

—Mucho —sonrió la espía más peligrosa del mundo—. Cuénteme cosas de sus nietos, señor… señor…

FIN

Notas

[1] Servizio de Informazione e Difensa (Servicio Secreto Italiano). <<